BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora.

MISIONES POPULARES

Las verdades eternas

Este libro expone lo que diría un misionero a cada uno de vosotros. Tú no dejes de leerlo.

El pueblo que yacía en tinieblas vio una luz grande. (Mt. 4,16)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34 - Sevilla-3

D.L. GR-524-95
ISBN: 84-7770-268-3

Impreso en España
Complejo Gráfico Andaluz, S.L.
Ctra. Benalua, 21
Purullena 18519 (Granada)

FINALIDAD DE ESTE LIBRO

Tal vez en tu pueblo o ciudad hace tiempo que no hay "Misiones populares" en las que los misioneros en virtud del mandato de Cristo: *"Id, predicad el Evangelio..., enseñad a todas las gentes..."* (Mc.16,15; Mt.28,19), predicaban a todos en su nombre las verdades eternas; mas ahora al irse olvidando estas verdades, el presente libro, que he escrito para toda clase de personas: niños..., jóvenes..., casados..., obreros..., ricos..., estudiantes..., profesores..., médicos, etc., pretende recordártelas a ti y a todos, y de este modo hacer el oficio de misionero.

Este libro (que abarca los principales temas de una Misión o unos Ejercicios Espirituales), tiene, pues, las finalidad de hacerte gustar la palabra misionera, la palabra de Dios, que tiende a instruirte y elevarte, porque, como dijo Pio XII: "De entre todos los males, que aquejan a la sociedad presente, ninguno más grave ni más profundo como el de la ignorancia religiosa", y esta ignorancia es la que ha motivado

la indiferencia religiosa de que adolece el hombre moderno.

Mi consejo de amigo es que no dejes de leerlo, porque es como si acudieses a una Misión, en la que Dios habla a todos los que escuchan su palabra.

El salmista dice a todos: *«¡Ojalá escuchéis hoy la voz de Dios. No endurezcáis el corazón en la maldad!»* (S.95)

Amigo lector: cualquiera que tu seas, pues, aunque pecador, si sales del pecado, en agradecimiento puedes ser misionero como lo fueron otros. Propóntelo, y ¿cómo? Valiéndote vg. de este libro o lograr por medio de personas pudientes que lo adquieran y regalen a personas necesitadas de oir las verdades eternas, o también valerte del párroco al que puedes ayudar para que llegue uno a cada hogar. Esta sería una manera de dar una misión general, y en días determinados proporcionar confesores al pueblo. ¡Como habrían de agradecertelo todos, aun los blasfemos y grandes pecadores, porque luego reconocerían el gran bien que les habías hecho!

"El que salve un alma, dijo San Agustín, tiene salvada la suya". "Cristo es la luz de los pueblos". Haz que cuantos viven en tinieblas vean esta luz para ser iluminados con la fe salvadora.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, junio 1982

¿QUE ES UNA MISION?

Una santa Misión o unos Ejercicios Espirituales, dados a un pueblo o a una ciudad son una de las mayores gracias y más eficaces que Dios puede dispensar a sus habitantes; son una gran medicina para curar una grave enfermedad, que estamos padeciendo todos.

¿Qué enfermedad es ésta? El Papa Pio XI lo dijo así: "la enfermedad gravísima de la edad moderna, es la ligereza e irreflexión, que llevan extraviados a los hombres; es la disipación contínua, la insaciable codicia de las riquezas y placeres, que debilita y enreda en las cosas terrenas y transitorias, y esto no los deja elevarse a la consideración de las verdades eternas.

Es un hecho que los negocios del mundo apartan demasiado nuestra mente de lo sobrenatural y no nos dejan pensar en el más allá, y por eso se impone el que hagamos unas breves reflexiones sobre dichas verdades eternas.

La realidad es que vivimos como si fueramos eternos en la tierra, como si no tuvieramos que morir, ni dejar las personas con quienes convivimos, ni los bienes que poseemos. *"El hombre se afana solamente por un soplo; amontona sin saber para quien"* (Sal. 39,7)

Imbuidos por el negocio, honra o pasión, olvidamos lo más importante, el fundamental de todos los negocios, nuestro último fin, la salvación eterna.

¿Cómo curar esta enfermedad? Con la medicina de una santa Misión o unos Ejercicios Espirituales, con la meditación de las verdades eternas.

La tierra se halla en una espantosa desolación porque no hay quien ore, no hay quien medite en su corazón estas grandes verdades.

Los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano son: los de su origen y de su fin; de dónde viene el hombre y a dónde va.

Aunque sólo esto, dice Pio XI, fueran los Ejercicios Espirituales, nadie dejaría de ver la inmensa utilidad que de ellos puede reportarse.

Tanto una Misión como unos Ejercicios Espirituales *son una invitación.* ¿De quién? De Dios que es luz, perdón, misericordia... Invitación a la conversión...

¿A quién se hace esta invitación? Al pecador para que se convierta, al tibio para que sea fervoroso, al santo para que sea más santo... y *son una gracia,*

como luego veremos, y ¡cuántos privados de ella!...

Cuando uno vive alejado de Dios o envuelto en pecados, necesita volverse a Dios mediante el arrepentimiento de ellos.

La Misión, notémoslo bien, es una invitación de parte de Dios que clama por los profetas o predicadores evángelicos y les dice:

"Volveos a Mi, y yo me volveré a vosotros... Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras!" (Zac.1,3-4)

"Oid la palabra de Dios gentes todas, enderezad vuestros caminos y enmendad vuestra conducta..., sino vendrán grandes males sobre hombres y animales, sobre arboledas y campos y sobre los frutos de la tierra..." (Jer.7)

"Si no váis por el camino de mis mandamientos, sembraréis mucho y recogeréis poco, las lluvias no vendrán a su tiempo y el cielo será de bronce y la tierra de hierro, y en vez de lluvia mandaré sobre tu tierra, polvo y arena... Serán vanas vuestras fatigas... (Dt. 28; Lev.26, 19-20).

A ti, pues, que lees esto, como pudieras estar necesitado de que uno te hablase en nombre de Jesucristo para que oyendo su doctrina te hiciese ver que andas *extraviado* por falsas propagandas, por lecturas inmorales, por amistades corruptoras, etc., al faltarte una santa Misión, por eso te ofrezco este libro a fin de que pueda suplir al misionero, y una vez leído y meditado, termines, al igual que lo harías en la Misión, recuperando la paz de tu alma.

No desperdicies esta gracia

Unas misiones, unós ejercicios espirituales..., la lectura de este libro, son una llamada, una gracia especial que Dios te hace. ¡No la desperdicies!

Un día dijo San Agustín: "Temo que Jesús pase de largo...". Si cuando Jesús pasó junto al camino de Jericó, los ciegos que sintieron que por allí pasaba, no hubieran gritado y clamado a El que se compadeciese para que les diese la vista, allí hubiesen permanecido ciegos.

Procura ahora tu no permanecer ciego y privado de las gracias que Dios desea derramar sobre los que acuden a El. Esta es la hora de Dios, los días de salvación, días de gracias extraordinarias: de misericordia para los pecadores, de aliento para los justos...

¿Hasta cuando has de dormir tu perezoso? (Prov.6,9) *"Joven, a ti te lo digo, levántate!"*(Lc. 7, 14). Sacude el sueño, levántate del estado de pecado, en que te encuentras..., rompe esas amistades y malos hábitos..., arregla tus confesiones... ¿Y si se quebrase ahora el hilo de tu vida que te tiene suspendido sobre el abismo del infierno? Se vive una sola vez. No dilates tu conversión.

De nuevo te digo: Amigo lector: Ten presente que ésta es la voz de Dios, el día de tu salvación y de los tuyos... y de todos los pueblos que anhelan recibir la palabra de Dios. Pónla en práctica y serás feliz.

Pon algo de tu parte

San Agustín dice: "Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti", es decir, Dios quiere que pongas algo de tu parte, el esfuerzo personal para lograr con su gracia un cambio de vida.

Examínate y sigue estos pasos:
1.° Convicción de haber obrado mal.
2.° Pesar de haberte portado así.
3.° Fe de que Dios te ha de perdonar.
4.° Esperanza de vivir en adelante como un buen cristiano, pues sabiendo que Dios te ha de conceder las gracias necesarias para tu conversión, no dejarás de colaborar poniendo los medios para ello.

¿Sabes para que vino Jesucristo a este mundo y porqué murió en una cruz? La Escritura Santa nos lo dice así: *"Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores"* (1 Tim.1,15) y murió en una cruz por lograr la reconciliación del género humano, y Él que miró a Pedro con compasión y le perdonó después de haberle negado tres veces, y que envió una luz desde el cielo a Pablo, blasfemo y perseguidor de su Iglesia, en el camino de Damasco, y también perdonó a Agustín, a Margarita de Cortona y a tantos otros grandes pecadores..., a su vez te perdonará a ti enviándote la luz necesaria para que conozcas el estado en que está tu alma y salgas de él.

Pídele al Señor esta gracia y suplícasela por intercesión de la Santísima Virgen, Medianera de todas las gracias y la obtendrás.

Quien por pereza, rebeldía o contumacia de sus pasiones no se esfuerce por salir del pecado, bien oyendo a los misioneros o leyendo este libro, que hace sus veces, para ayudarle a conocerse, puede quedar expuesto a permanecer en su pecado, y quizá para siempre morir en él.

Piensa, amigo mío, que el misionero predica en nombre de Cristo, y como yo en esta ocasión te hablo en su nombre (Jn. 20,21; 2 Cor. 5,20), como enviado suyo, sin mérito alguno de mi parte, no desestimes mi ministerio, porque según palabras del mismo Cristo: *"El que a vosotros oye, a Mi me oye, y el que a vosotros desprecia, a Mi me desprecia"* (Lc. 10,16)

La lectura reposada de este libro puede traer paz a las conciencias desasogadas por el pecado y los remordimientos; paz en las familias en las que quizá haya odios y rencores; paz con Dios ofendido por el pecado.

Disponte ahora a ir haciendo cada día una o dos de las siguientes meditaciones que tienen como fin instruirte en religión y conducirte a la conversión a la que Dios te invita.

FIN DEL HOMBRE

¿Cuál es mi fin? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Para que estoy en este mundo?

He aquí las preguntas que debe hacerse cada uno. Son la primera meditación que San Ignacio propone en sus ejercicios, y que él llama "principio y fundamento"...

¡Cuántos no saben de donde vienen ni a donde van!

Se cuenta que una noche entró un policía en un tren de lujo que corría a gran velocidad. Entra en un departamento de primera; despierta a un joven que duerme en un diván tranquilamente; le pide la documentación; a todas y cada una de las preguntas del policía responde el joven con una carcajada. No lleva ninguna documentación; no sabe ni de donde viene ni a donde va. Es un pobrecito loco. Se ha escapado de un manicomio.

Así les pasa a tantos pobrecitos hombres que en el viaje de la vida ni saben de donde vienen ni adonde van.

Dí con el salmista: *"Oh Dios! dame a conocer mi fin y cual sea la medida de mis días, que sepa cuan caduco soy"* (Sal.39,5)

¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?

¿Quién me ha creado y conserva mi vida? La Biblia empieza diciéndonos que Dios es el Creador del mundo y del hombre. Preguntémonos:

Hace 100 años ¿dónde estábamos? Cada uno de nosotros puede decir que no existía. Entonces ¿quién me ha puesto en el mundo? *Dios creó el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos* (Sal.24,1). Luego el hombre, cada uno de nosotros, en último término es hechura de Dios.

Dios, sirviéndose de mis padres, me dio el cuer-

po. El creó luego mi alma, y tuvo lugar mi nacimiento a la vida temporal. En la Biblia leemos: *«Sabed que Yahvé es Dios; El nos ha hecho y somos suyos»* (Sal. 100,3).

¿A DONDE VOY? ¿PARA QUE ESTOY EN EL MUNDO?

El hombre es un viajero hacia Dios. El problema central de la vida humana es la felicidad; pero ¿dónde está?

–**Salomón** disfrutó de todos los placeres terrenos, y terminó diciendo: *«Vanidad de vanidades y todo vanidad»*.

–**San Agustín,** después de una vida de pecado, se volvió a Dios diciendo: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti».

–**Eva Lavalière,** la actriz tan aplaudida de París, dijo a su amiga: «Tengo oro, plata y autos y cuanto se puede tener en esta vida, y soy la más desgraciada de las mujeres». Mas vuelta a Dios por una sincera confesión, exclamó: «Nunca he sido más feliz que el día que encontré a mi Dios».

Consecuencias: Nuestro corazón tiene ansias de felicidad, y al no hallarla en las riquezas, ni placeres, sino en **Dios infinito y eterno,** que ha puesto en nosotros aspiraciones infinitas, sólo El por poderlas colmar, es nuestro fin, y por tanto no hemos nacido para las cosas de la tierra. *«Dios,* dice la Escritura, *le dio ojos al hombre para que viera la grandeza de sus*

obras y alabara su nombre santo» (Eclo. 17, 3-11).

Luego el hombre ha nacido para conocer, alabar y servir a Dios en esta vida y después ser eternamente feliz con El en el cielo. Al ser hechura de Dios, de El dependemos y a El debemos amar y servir: *«Adorarás al Señor tu Dios»*.

Todo nos habla de Dios

Dice el profeta Isaías: *"Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad: ¿Quién los creó?"* (40,21)...

"Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios" (Heb.3,4)

–*"Los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos"* (Sal.19,2)

– *"Lo Cognoscible de Dios es manifiesto..., porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las criaturas"* (Rom. 1, 19-20) (Véase también Job 12, 7-10; Sab. 13,1)

¿Qué más sabemos de Dios? ¿Qué idea tengo de El?

Dios es nuestro Padre

Este es el gran mensaje que Jesucristo vino a traernos a la tierra: la filiación divina, esto es, que "Dios es nuestro Padre".

Consecuencias:

1) Si somos hijos de Dios, como El es nuestro Pa-

dre, y así lo reconocemos al rezar: *"Padre nuestro..."*, luego todos somos hermanos, todos somos hijos de Dios, todos debemos amarnos...

2) Si somos hijos de Dios, no debemos andar tan agobiados, preocupándonos de lo que vamos a comer o beber... Muchos en sus pueblos ponen la dicha en tener buenos trigos en sus campos, sus vacas, sus muchas ovejitas...; pero Jesús en el Evangelio nos dice: *"Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura"* (Mt. 6,33).

El quiere que recemos más, que cumplamos sus mandamientos, para que la lluvia llegue a su tiempo, para que las crías de ganado no fracasen... Quiere que pensemos no sólo en las cosas de esta vida, que hemos de dejar, sino en la vida eterna, en el cielo, pues *"no tenemos aquí una ciudad fija, sino vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14)

Dios quiere que confiemos mucho en su providencia sin que por eso dejemos de nuestra parte el aportar el trabajo necesario, pues Dios que cuida de las aves del campo, mucho más cuidará de sus hijos (Mt. 6, 25-34)

–Si somos hijos de Dios, *también seremos herederos de su gloria, herederos de Dios* (Rom. 8,17)...

Nuestro fin se reduce a glorificar a Dios

Alguno dirá: Si Dios es eternamente feliz y no necesita de nuestras alabanzas ¿para qué glorificarle?

Es necesario saber que glorificar a Dios es conocerle amarle y alabarle por sus infinitas perfecciones.

Dios ciertamente es eternamente feliz, y si El quiere que le glorifiquemos es para nuestro bien, ya que El no lo necesita.

Como dice San Agustín:

"La gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si le vituperas o blasfemas. Tu alabándole te haces mejor, y blasfemándole te haces peor. El sigue siendo el mismo.

Dios sabe lo que necesitamos... Debemos tener confianza en El, porque El lo sabe todo y lo ve todo.

Dios es inmenso, está en todas partes. No tenemos que ir a la Trapa o a un Convento para hablar con Dios. Puedo hablar a Dios aquí, en el campo, durante mi trabajo...

La santidad está en donde nosotros estamos...

Dios quiere que oremos, que le pidamos cuanto necesitamos..., pero tenemos que hacerlo con fe.

¿SON MUCHOS LOS QUE SE SALVAN?

Un día le hicieron a Jesucristo esta pregunta, y no vemos en el Evangelio que dijera si son muchos o son pocos; pero sí dijo:

"Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran..." (Mt. 7,13)

La puerta de entrada es estrecha..., la puerta de la perdición es ancha...

La exhortación de Jesucristo va dirigida a cada uno de nosotros. Cada uno se santifica yendo por el camino estrecho, esto es, por el de los vencimientos y de las cruces contrariando las pasiones... Y El nos dijo: *"El que quiera venir en pos de Mi, tome su cruz y me siga..."*

Todos estamos llamados a la santidad... a la salvación de nuestras almas.

El Concilio Vaticano II, que es la voz de la Iglesia docente, nos dice que "todos somos llamados a la santidad". La santidad es un don de Dios, comunicado radicalmente en el bautismo, y como lo recibimos a modo de germen, nuestro deber es conservarlo y desarrollarlo o perfeccionarlo en nosotros. Y ¿cómo perfeccionarlo? Mediante la oración y la gracia de Dios y a su vez con nuestro esfuerzo personal (Ef. 5,3; Col. 3,12)

El esfuerzo por buscar la santidad consiste en seguir e imitar a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, o sea, conformarse con su imagen (Rom. 8,29) y obedeciendo en todo sus mandamientos. Esto lo puede hacer cada uno en su propio estado.

– **Los sacerdotes** se santifican cumpliendo con su deber ministerial santamente entregados a la oración, la predicación, etc...

– **Los conyuges y padres cristianos** a través de su estado matrimonial, ayudándose mutuamente, recibiendo con alegría los hijos que Dios les dé y educándolos en la doctrina cristiana...

– **Los que viven entregados a un trabajo arduo,** los que sufren y cada uno en su profesión pueden santificarse en ese mismo trabajo humano y en sus sufrimientos y ocupaciones, uniendo esos trabajos y dolores a los de Cristo por la salvación del mando.

Lo que es triste es ver a veces como algunos obreros y labradores no se resignan en su trabajo duro, y van regando con sus sudores y blasfemias el campo, y entonces –si reflexionan– ¿se podrán quejar con justicia de la escasez de sus cosechas?

Cuando no se levanta la vista a Dios, cuando no se trabaja en su nombre, sucede como a los apóstoles que bregaron toda una noche por el mar, y al día siguiente tuvieron que decir: *"Hemos trabajado toda la noche y no hemos cogido un pez"*; pero cuando se volvieron a Dios y lo hicieron en su nombre, las redes casi se rompían por la cantidad de peces capturados...

La salvación del alma

El Estado muestra sumo interés en evitar contaminaciones... y todo ¡por la salud de los cuerpos!... Si nosotros hicieramos por el bien o la salud del alma lo que se hace por los cuerpos... Mas qué pocos sacrificios se hacen por lograr ver el alma limpia de todo pecado y puesta en gracia de Dios.

Hablar de la gracia y de su valor es un tema de los más importantes, porque Jesucristo vino a la tierra *"para que las almas tuvieran vida, la vida sobrenatural de la gracia"* (Jn.10,10)

Esta vida se opone al pecado mortal, el cual acarrea innumerables males, y el mayor mal es *dar muerte al alma,* (y por eso se llama "mortal")

La belleza de un alma en gracia es indescriptible. La gracia santificante es un don de Dios, que nos purifica y nos hermosea.

La gracia es como una *savia* divina que viene de Jesucristo. Lo entenderemos con esta comparación:

La rama de un árbol saca la savia del tronco y raiz del mismo. Si se cortara esa rama, al ser separada del tronco del árbol, se secaría, porque ya no circularía por ella la savia. Así la gracia es una savia divina que viene de Jesucristo. Por eso dijo El: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos... Como el sarmiento no puede dar fruto de si mismo, si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros, si no permaneciereis en Mi... Sin Mi no podéis hacer nada"* (Jn.15,1-6)

Vivir en gracia es, pues, vivir en unión y amistad con Dios, es decir, unidos a Cristo como el sarmiento a la vid. El alma queda limpia de todo pecado por el bautismo y adornada y embellecida por la gracia santificante, y por ella nos hacemos hijos de Dios... El que pierda la gracia por un pecado mortal, debe recuperarla por el sacramento de la penitencia.

Dios quiere que todos los hombres se salven...

Este es nuestro fin trabajar por la salvación de las almas, haciendo que estas vivan la gracia santificante...

Los que carecen de la vida de la gracia son cadáveres ambulantes... "*Tienen el nombre de vivientes, pero en realidad están muertos*" (Apoc.3,1)

Trabajemos y esforcémonos por vivir en gracia porque ella hermosea nuestras almas.

San Juan Crisóstomo dice: "El que recibe la gracia santificante se cambia espiritualmente, como si un hombre leproso y desfigurado por la enfermedad y la vejez, por un repentino milagro, recobra el aspecto de su juventud y hermosura y quedar adornado con la púrpura y el cetro..."

Santo Tomás de Aquino dice: "a imagen de Dios", inteligentes y libres... Y Dios quiere que nuestra alma siga adornada con la hermosura de la gracia.

El alma es un tesoro a los ojos de Dios. Si preguntamos porque Jesucristo vino al mundo y apareció como hombre entre los hombres y predicó y dio su sangre... tenemos que responder: Porque quiso así salvar nuestras almas. Y así lo dice el apóstol: "*Fuisteis rescatados de vuestro vano vivir..., no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha*" (1 Ped.1,19)

Tu alma está en peligro, y lo está si la tienes manchada con pecados mortales y esclavizada de tus pasiones...

Piensa que en el cielo solamente se puede entrar por una de dos puertas: Por la puerta blanca de la inocencia, o por el de la penitencia o arrepentimiento con propósito de no querer pecar en adelante.

El negocio de la salvación es personal... y es urgente... Te urge la misericordia de Dios que te llama y convida al perdón... Te urge la eternidad que se acerca, pues puede sobrevenirte la muerte cuando menos la esperas, y después ya no hay tiempo de perdón ni de arrepentimiento...

Es necesario salvar el alma. Con este pensamiento convirtió San Ignacio de Loyola a su mejor discípulo San Francisco Javier, al que le decía: "Javier, Javier, *¿qué te importa ganar todo el mundo si pierdes tu alma?"* (Mt.16,26)

Si se pierde el alma, todo se ha perdido

Veamos el ejemplo de una emperatriz llorando. Doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, Rey de España, murió el 3 de octubre de 1611. Está enterrada en el Escorial. Lloraba esta gran emperatriz en una de las galerías de su palacio.

Una dama de honor, extrañada de aquel llanto, le preguntó: ¿Por qué llora la reina? ¿Qué le ha sucedido?"

Por toda respuesta la reina levantó su mano y señaló angustiada un cuadro que colgaba de la pared. En él se veían dos caminos: el del cielo, estrecho,

cuesta arriba, y por él caminaba muy poquita gente; el del infierno, ancho, florido, y por él caminaba gran muchedumbre de gente que iba al infierno.

La reina gemía: ¡Ay de mi! ¿qué será de mi dentro de poco? ¿A dónde iré a parar? ¿De qué me servirán entonces mis riquezas, mis honores, mis comodidades, mis reinos si me condeno para siempre?"

Unicamente quiero salvar mi alma

Sucedió en el año 1923. Tres seminaristas de Comillas iban a enseñar la doctrina a un barrio pequeño llamado Tramalón, distante del Seminario cuatro kilómetros.

Cierto día se encontraron en el catecismo una niña pobre: "¿Tu eres de aquí?" "No, señor, soy de muy lejos" ¿Sabes catecismo? "Si, señor". Y lo demostró respondiendo maravillosamente a cuantas preguntas le hicieron.

¿Quién te ha enseñado el catecismo? "Mi padre, señor" "Y ¿quién es tu padre?". "Un pobre que está detrás de esta pared". Por curiosidad fueron los seminaristas y se encontraron debajo de una tiendecita de lona vieja un pobre sin piernas.

"Buenas tardes, le dijeron, venimos a saludarle porque hemos encontrado esta niña que sabe muy bien el catecismo". "Sí, es que se lo enseño yo todos

los días. No se extrañen; yo quiero dejar a mis hijos alguna herencia, y como bienes materiales no tengo, les dejo la doctrina cristiana que es lo mejor que un padre puede dejar a sus hijos. Yo fui seminarista como Vdes. y en un accidente de tren perdí las piernas. Tuve que echarme a pedir, mis padres eran muy pobres. Pero no me quejo de Dios, porque yo aprendí en el Seminario que lo único que importaba era salvar el alma. Es lo único que deseo salvar mi alma".

Este es un bello ejemplo que debieran aprender todos los padres y tener en cuenta en la educación de sus hijos.

El sabio Ampere que también trabajaba por salvar su alma, escribió en su diario espiritual:

"Trabaja con espíritu de oración. Estudia las cosas de este mundo, pues tal es el deber de tu estado, pero no las mires más que con un ojo, ten el otro constantemente fijo en la luz eterna.

Escucha a los sabios, pero no los escuches más que con un oido, ten puesto el otro para recibir los dulces acentos de la voz de tu amigo celeste".

FIN DE LAS CRIATURAS

Dice el salmista: *"¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?... Le diste el señorío sobre las obras de tus manos; todo lo has puesto bajo sus pies: Las ovejas, los bueyes, las bestias del campo, las aves del cielo...* (Sal. 8) Meditemos:

1) *LAS COSAS VIENEN DE DIOS*

La creación entera procede de Dios. Dios es el creador de cielos y tierra... Mi casa, mis posesiones, mis vestidos, originariamente son de Dios. El es el propietario. Yo soy mero administrador. Las cosas fueron creadas para el hombre, como el hombre fue creado para Dios.

La pobreza, el dolor, las cosas adversas ¿vienen también de Dios? Todo viene de Dios menos el error y el pecado. En la Biblia leemos: *"No digas: Mi pecado viene de Dios porque El no hace lo que detesta. El ha dado la libertad al hombre, pero a nadie da permiso para pecar"* (Eclo. 15, 11-25).

Las enfermedades y el dolor son consecuencias del pecado original y Dios las permite, ya para probarnos, ya para acercarnos más a el... El pecado es abuso de la libertad del hombre...

2) *LAS COSAS NO SON DIOS*

No son mi fin, como vimos en la anterior meditación, ellas no llenan nuestro corazón...

3) *LAS COSAS SON PARA DIOS*

Es decir, nos deben encaminar hacia El. Son como escaleras o medios para subir a Dios.

¿Cómo debo usar de las cosas? "Tanto cuanto" a El me conduzcan, y si me apartan de Dios, deberé abstenerme de ellas. (Es la regla de San Ignacio).

Hay cosas necesarias como la guarda de los mandamientos, para salvarme; hay cosas *perjudiciales o pecaminosas* y hay cosas *indiferentes...*

El hombre justo debe abrazar las cosas necesarias, rechazar las perjudiciales o prohibidas, la blasfemia y todo pecado por oponerse al fin último para que Dios lo creo, y ante las indiferentes, que ni favorecen ni se oponen al fin último debe guardar justo equilibrio...

Si te dan a escoger entre riqueza o pobreza, salud o enfermedad, si no es pecado, puedes escoger lo que quieras... Las almas de gran virtud entre una corona de espinas y otra de rosas, han escogido la de espinas por asemejarse a Cristo, que quiso abrazarse y sufrir por nosotros. En este mundo nada sucede al azar, Dios lo permite por el don de la libertad concedida al hombre... Vigilémonos en nuestro obrar.

¿Cómo comprender el dolor?

Es evidente que nadie quiere sufrir, porque la naturaleza humana se resiente a cuanto la contraría; pero el hecho es que a todos nos toca sufrir en esta vida, y el mérito está en saber llevar nuestra cruz de cada día.

"El hombre ha nacido para trabajar (y padecer) como el ave para volar" (Job 5, 7)

Dios creó al hombre en estado de justicia y lo colocó en un paraíso para que trabajase, y en este estado de felicidad tenía que trabajar, pero no padecer; pero después del pecado original, el hombre quedó

sujeto al trabajo, al dolor y a la muerte. Y así dijo Dios a Adán: *"Por tí (por tu pecado) maldita será la tierra, producirá abrojos... y con el sudor de tu rostro comerás el pan..."*

Nadie, pues, está ahora excluído del dolor. Pero alguno dirá: ¿El pecado es criatura de Dios? ¿Puede venir de El? La Escritura Santa en la actual Providencia dice que las cosas favorables como las adversas, riquezas y pobreza, honor y confusión vienen también de Dios. Así lo leemos en el sagrado libro del Eclesiástico: *"Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza... la sabiduría y los caminos del bien obrar..., vienen del Señor... El error y las tinieblas (o sea, el pecado) es obra de los pecadores,* (Eclo. 11, 14–16)

El pecado no es obra de Dios: *"Nadie diga: Mi pecado viene de Dios, que no hace El lo que detesta, Dios dejó al hombre en manos de su libertad. A ninguno manda obrar impíamente, a nadie da permiso para pecar"* (Eclo. 15, 11.25)

Dios permite la muerte y el dolor en la actual providencia. El que quiere el bien, permite el mal en este mundo y permite las enfermedades y a veces las manda como un bien a sus elegidos y lo mismo el dolor y las humillaciones, por ser medio de acercamiento a El y para salvarnos.

Cristo vino a este mundo a salvar a los pecadores y lo hizo por medio de la cruz y del sufrimiento. Y ahora manda el dolor y el sufrimiento a *los pecadores*

para que espien sus pecados. El buen ladrón dijo: *"Nosotros justamente sufrimos por nuestros pecados..."*. También los manda *a los justos* para probarlos. Además el señor castiga al que ama (Heb. 12, 6). Y por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo.

El labrador vive con la esperanza de recoger el fruto de la tierra que ha sembrado (Sant. 5, 7–8), así nosotros hemos de vivir esperando aquella vida que Dios ha prometido a los que no abandonan su fe.

EL PECADO

El Papa Pío XII dijo, y lo ha repetido Pablo VI: "Se ha perdido el sentido del pecado", y a la verdad hoy muchos no le dan importancia a lo que Dios ordena o prohibe y esto no deja de ser una grave enfermedad de nuestro tiempo.

¿Qué es pecado? En la Biblia hallamos esta definición: *"Pecado es la transgresión de la ley de Dios"* (1 Jn, 3, 4). El pecado es un gran mal, y el mayor de todos, porque se opone al fin último para el que Dios nos ha creado.

– Para saber, qué es pecado basta atender a lo que nos manda o prohibe la ley de Dios. Todo pecado supono necesariamente dos cosas: *Una ley terminante de parte de Dios, y una desobediencia terminante de parte del hombre.*

– **Dios dice**: No blasfemes, santifica las fiestas, no mates. Si el hombre dice: *No quiero.* Al no obedecer

el mandato de Dios comete un pecado, porque quebranta su ley.

¡Con qué facilidad se peca! Se falta a Misa, porque no tengo gana... Se comete un pecado torpe, y hay quien dice: ¡Ligereza de la juventud!... Pero Dios habla de otro modo.

– El pecado ofende a Dios, mi Creador y Redentor.

– El pecado esclaviza. *"El que comete el pecado es esclavo del pecado"* (Jn. 8, 34)

– El pecado causó la muerte de Jesucristo, pues *"murió por nuestros pecados* (1 Cor. 15, 3)

VEAMOS LA MALICIA DEL PECADO POR SUS CASTIGOS

– **El pecado de los ángeles**, seres dotados de gracia e inteligencia, cometen un pecado y solo uno de pensamiento, y por el dice la Escritura: "Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó en el infierno" (2 Ped. 2, 4).

– **El pecado de nuestros primeros padres,** por un pecado de desobediencia con raíz en la soberbia. Dios los castigó quedando convertido el Paraíso en un valle de lágrimas.

– **El diluvio de agua** y el de fuego sobre Sodoma y Gomorra y tantos otros castigos, fueron debidos, dice la Biblia, porque sus pecados clamaban venganza al cielo...

EL PECADO ES UNA INGRATITUD

Es una ingratitud porque con el ofendemos a Dios

nuestro Padre. Recordemos el ejemplo de Mons. Sibour, arzobispo de París. Un obrero le pidió una limosna fingiendo una grave enfermedad familiar. El se la otorgó, y luego con aquellas monedas compró un puñal, y al día siguiente fue a la catedral donde celebraba de Pontifical el arzobispo y lo mató. El arzobispo lo reconoció, y al saberse en Francia, hubo un grito: ¡Muera el infame!... ¿Cuántas veces hemos sido nosotros los infames? Pues pecando nos hemos servido de los ojos, de la inteligencia que Dios nos dio... No ofendamos a Dios.

Fijémonos en el castigo de los ángeles. Dios los ama como criaturas suyas, y nos ama a nosotros, pues, como dice San Agustín, "nosotros existimos porque Dios es bueno" y nos ama; pero ¿qué malicia tan grande tiene en los ángeles un pecado de pensamiento que pesado en la balanza de la divina justicia los juzga dignos de un castigo eterno? Sin duda un mayor conocimiento...

¿Qué es un demonio? Un ángel con un pecado. Y yo ¡que tantos he cometido! ¿Por qué Dios no me ha arrojado ya en el infierno? La misericordia divina está esperando a que mudemos de vida mediante el arrepentimiento... y confesión de nuestros pecados.

LA MUERTE

Si queremos saber vivir, tenemos que aprender a morir. El cardenal Baronio puso en su anillo esta ins-

cripción: «**Memento mori**»: «Acuérdate que has de morir».

El recuerdo de la muerte sólo es triste, como dice la Biblia, *«para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas y su bienestar y todo le sonríe»* (Eclo. 41,1) y se cree eterno sobre la tierra.

El pensamiento del citado cardenal, lo repite la Biblia:

–*«Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá»* (para que ordenes mejor tu vida) (Eclo. 14, 12–15).

–*«Acuérdate en los días de la juventud de tu Hacedor, antes de que el polvo (el cuerpo) vuelva a la tierra, y tu alma a Dios que le dio el ser»* (Eclo. 12, 7).

Sabemos que *«por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte»*. Si la muerte fue fruto del pecado, ahora debe ser remedio contra el mismo pecado: *«Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás»*.

La suerte de todos los hombres

Nadie puede negar la muerte. *«¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte?»* (Sal. 88). Murieron los patriarcas «colmados de días...» y de los antidiluvianos leemos este estribillo: «**Adán** vivió 930 años **y murió...**, **Matusalén** vivió 969 años y **murió...**» Moriremos todos.

Tres lecciones de la muerte

1.° **Yo soy el fin de la vida.** Está decretado... Moriré... aunque sea joven y goce de salud... Soy un condenado a muerte y desapareceré, sabio o ignorante... Todos los días cadáveres al cementerio... Pronto me tocará a mi...

2.° **Yo soy el secreto de la vida.** Preguntamos: ¿A qué hora pasa el tren? ¿A qué hora se abre el comercio?... y tenemos una respuesta adecuada. Pero pregunta: ¿Cuándo vendrá la muerte? ¿Dònde acaecerá?... Nadie lo sabe. Jesucristo nos dice a todos: **«Estad preparados...»**. Vendrá inesperadamente. ¡Cuántos mueren de accidentes de repente todos los días!

3.° **Yo te despojaré...** y de todos tus bienes, casa, haciendas... y éstas pasarán a otras manos... Vive bien... y piensa: «Cual es la vida, tal es la muerte». No todo termina aquí. Dios nos ha revelado que mudamos la vida presente por otra futura y eterna. Con la muerte pasamos a la inmortalidad. ¿Vida eterna feliz o desdichada? Piénsalo. ¿Para que te afanas tanto y acaparas sin saber para quién?
¡Estad alerta! *Vigilad!...*

EL JUICIO FINAL

La Escritura Santa, que es la palabra de Dios, nos dice: *«Está decretado morir una vez, y después de esto el juicio»* (Heb. 9, 27). *«Todos hemos de compa-*

recer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno su merecido según lo bueno o malo que hubiera hecho» (2 Cor. 5, 10).

–Tenemos **bienes naturales:** riquezas, salud, etc. y bienes **sobrenaturales:** sacramentos, gracia para merecer la vida eterna. No somos más que meros **administradores** de estos bienes y un día como al mal administrador del Evangelio se nos dirá: **«Dame cuenta de tu administración»**, y entonces se verá en qué o cómo hemos empleado nuestros talentos y dones recibidos de Dios... *«Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción buena o mala»* (Ecl. 12, 14).

Clases de juicios:

Hay uno particular, inmediatamente después de la muerte de cada cual, y otro universal en el que se ratificará la sentencia ya dada y puesta de manifiesto al fin del mundo. *«Fácil es a Dios dar en el día de la muerte el pago de sus obras a cada uno»* (Eclo. 11, 27).

La Iglesia en el Concilio de Florencia definió: «Después de la muerte de cada hombre, su alma es recibida al momento o en el cielo o en el infierno o en el Purgatorio, según la disposición de cada uno» (DZ, 693).

«Dios juzgará al justo y al impío» (Ecl. 3, 17).

«Cada uno dará a Dios cuenta de sí» (Rom. 14, 12).

Un hecho sucedido en Piedrahita de Avila

Sucedió hace varios años. Predicaba allí el P. Calzada, Capuchino (que reside actualmente en Salamanca) hablaba del juicio de Dios, y al final de su sermón dijo: «Mañana antes de esta hora las campanas de esta iglesia habrán tocado a defunción por uno de los que me escucháis. Uno de vosotros comparecerá ante el tribunal de Dios ¿Cuál será? No os inquietéis... En fin, bajó del púlpito, como disgustado de sí mismo (según se lo oí referir), sin saber casi el porqué había hablado así... Se sentó en el confesionario aquella noche... y uno de los que le oyó ya se iba para casa, cuando le dice al que le acompañaba, me vuelvo porque me han preocupado las palabras del Padre... Se confesó... y al día siguiente por la mañana murió... Fue un aviso...

Estemos preparados... La doctrina católica nos enseña que si no queremos dormir en pecado mortal, hagamos un acto de contrición con propósito de confesión en la primera ocasión, y ese acto borra el pecado...

EL INFIERNO

¿Existe el infierno? Hay quienes lo ponen en duda y hasta se han atrevido a negarlo; pero el infierno existe. No podemos ponerlo en duda. Es un dogma de fe, revelado más de veinte veces con claridad en la Sagrada Escritura.

Los modernistas y materialistas de todos los tiempos lo niegan o quisieran que no existiera por temor a ser castigados en él por sus crímenes. Nadie, dicen los ignorantes, ha venido del otro mundo a décirnoslo; pero se equivocan, pues vino Jesucristo, el mismo Dios hecho hombre, y ha hablado claramente al decir a los impíos: *«Apartaos de mí malditos al fuego eterno... y estos irán al suplicio eterno».* (Mt. 25).

Hay una secta, la de los testigos de Jehová, que niega la existencia del infierno y que éste sea eterno, y dicen que los impíos y el diablo serán aniquilados; pero les invitamos a leer Apocalipsis (20, 10) y verán que allí se lee: *«y el diablo, que los extraviaba, será arrojado en el estanque de fuego... y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.* Si es «por los siglos de los siglos» ¿quién puede negar que sea eterno? Esto significan las expresiones de Cristo: **«fuego eterno, suplicio eterno».**

Dicen que no se comprende la naturaleza de un fuego eterno. No lo entenderemos, dice San Agustín, pero es un fuego real, que atormenta de un modo admirable y verdadero, fuego que arde, pero no consume las víctimas, como la zarza de Moisés, que ardía sin consumirse.

Replican: Dios es Padre y no puede castigar con infierno eterno. Respondemos: Dios es Padre y misericordioso, pero también justo, y si uno no quiere cuentas con Dios y conculca su ley, Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana de su

casa para que no entre en ella el sol ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

Del P. Baldinucci, jesuita italiano, se refiere en el proceso de su beatificación, que predicando en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar... y hecho gran silencio, dijo: Lo mismo que en el otoño el vendabal arroja las hojas de los árboles al suelo, así he visto yo caer innumerables almas en el infierno. Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo y causó gran impresión, siendo todos testigos.

¿Son muchos los que se salvan? A esta pregunta Jesucristo dijo: *«Entrad por la puerta estrecha; ancho es el camino de la perdición y muchos van por él.»*

Hablemos más del infierno

Algunos omiten el hablar del infierno; pero es de suma necesidad hablar de él, porque podemos ir a él si cometemos un pecado mortal..., y no nos hemos arrepentido. Además Dios ha dicho que existe el infierno y no podemos opinar en lo que es real y dogmático.

– Santa Teresa quería que se hablase a menudo del infierno porque eran muchas las almas que caían en él.

– San Bernardo también lo aconsejaba: "Descendamos en vida con nuestra mente al infierno para que no descendamos en la muerte".

No faltan quienes digan que nadie ha venido del otro mundo a decirnos si hay infierno; pero se equivocan:

– Vino el mismo Jesucristo, el Dios hecho hombre, que habitó entre los hombres y nos lo dijo claramente, y su doctrina la tenemos en los Evangelios, en los que podemos leer las parábolas de la zizaña, el rico epulón, las diez vírgenes, etc. y otras veces habló con amenazas: *"Si tu ojo, si tu mano te escandaliza..."*, es decir, evita toda ocasión de pecado por costosa que sea, antes que ir al infierno. Estos, los impíos *"irán al suplicio eterno"* (Mt. 25,41)

– Además tenemos las revelaciones de la Virgen en Fátima, y en la tercera aparición reveló a los niños la visión del infierno, como un mar de fuego en el que estaban sumergidos los demonios y las almas de los pobres pecadores...

– También tenemos otros ejemplos como el comprobado en el proceso de beatificación de San Francisco de Jerónimo y tuvo lugar en Nápoles donde una mala mujer murió repentinamente en presencia de una multitud a la que impedía que acudiesen a la Misión. Entonces el Padre (que murió el 11 de mayo de 1716) acercándose al cadaver de la mujer que se llamaba Catalina, dijo: "¿En dónde estás?". Y ella abriendo los ojos desencajados, respondió con un grito espantoso : "En el infierno."

– El Obispo de Ventimilia (Italia) repetía el caso de un joven que para lograr satisfacer sus pasiones,

engañó a una joven diciéndole que él había estudiado mucho y que no había infierno..., y pecó, y al bajar la escalera de la casa cayó instantáneamente muerto... Poco después se le apareció a la joven y dijo: "Te decía que no había infierno, y vengo a decirte de parte de Dios que existe y yo estoy en él para siempre."

Muchos se reirán del infierno; pero la revelación divina habla con claridad de su existencia. Recordemos lo que nos dice del rico epulón y del pobre Lázaro... y *el rico en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio a Abraham desde lejos y a Lázaro en su seno.* Y, gritando, le pedía que tuviera piedad de él y le mandase algún alivio, porque estaba atormentada en aquellas llamas... Y como no obtuviera le dijo: *"Te ruego, padre, que al menos le envíes a casa de mi padre, para que advierta a los cinco hermanos que tengo, a fin de que no vengan a este lugar de tormentos.*

Abraham le dijo: *"Ya tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. El dijo: No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos fuese a ellos, harían penitencia. Si no oyen a Moisés y a los profetas le dijo, tampoco se dejarán persuadir si un muerto resucita."*

Hoy podemos decir a todos: Ahí tenéis los avisos del Papa, de los obispos, de vuestros sacerdotes, y si a estos no hacéis caso es inútil que resucite un muerto para avisaros que hay infierno y que a él podéis ir, pues no haréis caso.

Los que se condenan, ellos mismos son culpables de su perdición.

Las puertas del infierno son todos los vicios con los cuales se condenan la mayor parte de los pecadores especialmente: *la impureza, el odio, la injusticia...*

La injusticia *fácilmente* se comete, porque el hombre movido por la pasión de enriquecerse, no escatima los medios, aun los injustos, y unas veces es por el robo y la rapiña, otras por el engaño en el comercio, en los contratos, en el peso y la medida, por la adulteración de la mercancía, por hacer de falso testigo, por fallos injustos, por no pagar las deudas...

Y *difícilmente* se perdona, porque con dificultad se quiere reconocer... y el diablo los induce a no declarar por verguenza en confesión sus robos e injusticias.

No basta detestar el pecado, hay que restituir. Como dice San Agustín: "No se perdonará el pecado, si no se restituye lo robado."

La cosa clama al dueño..., clama a Dios..., clama venganza... Restituye: Antepón a tus pretextos la salvación de tu alma. No esperes a que la muerte te despoje de todo. Sigue el ejemplo de Zaqueo: *"Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si a alguien he defraudado en algo le devuelvo el cuádruplo"* (Lc. 19,8).

LA ETERNIDAD

¡Eternidad! Meditemos en esta palabra. *"El hombre irá a la casa de su eternidad"* (Eclo. 12,5)

Este *gran pensamiento*, como lo llamó San Agustín, nos moverá siempre a obrar el bien. El nos apartará del pecado y nos inclinará a una penitencia saludable y a su vez a la práctica de la virtud... y ante las vanidades de este mundo, a cada momento, cual a otro San Luis Gonzaga, nos inducirá a exclamar: "¿Qué valor tiene esto en orden a la eternidad?"

¿Qué es la eternidad? Sólo Dios es esencialmente eterno. *"Desde el principio fundaste tú la tierra, y obra de tus manos es el cielo; pero estos perecerán, y tú permanecerás... Tú siempre el mismo y tus días no tiene fin"* (Sal. 102, 26-28)

La eternidad es en sí una duración interminable, es decir una duración sin principio, sin fin y sin sucesión o movimiento.

La eternidad es un "siempre", que jamás acaba y nunca termina.

Si muero en pecado mortal es de fe que me condenaré... ¿Cuál será mi eternidad? ¿Feliz o desdichada?...

El tiempo se compone de horas, días meses, y años y siglos. La eternidad es dueña de todos los siglos, esto es, abarca todos los tiempos y no tiene partes, de tal modo que cien siglos no son ni una pequeñísima parte de la eternidad.

La eternidad es *ausencia de años...*, es lo interminable... es un mar sin fondo y sin orillas... un péndulo que marca: *siempre, jamás.*

Comparaciones:

– Un pajarito que viniese cada mil años a beber una gota de agua del océano; agotaría todos los charcos, fuentes, ríos y mares, y la eternidad como al principio.

– Si la tierra fuera de acero y una hormiguita cada mil años diese un paso sobre ella, al fin la gastaría con el roce de sus patitas y la eternidad como al principio.

– Si un ángel, cada millón de años, tomara una partícula de la tierra, la tierra y todos los astros de nuestro sistema desaparecerían, y la eternidad como al principio.

– Si Judas, cada mil años, llorase una lágrima, llenaría todos los mares del universo, y la eternidad como al principio.

Necesitamos avivar la fe

"Dadme 40 años de reinado y renuncio a la eternidad." Se dice que esta frase la pronunció la reina Isabel de Inglaterra, y Dios se los dio. ¡40 años de reinado y una eternidad penando!

Lo que no es eterno, no tiene valor alguno.

Tomás Moro, canciller de Inglaterra (ya canonizado), fue condenado al patíbulo..., y su esposa se le acerca para decirle que simulase su fe por dar gusto al rey y se libraría de la muerte. Le pedía que lo hicie-

ra por ella y por su hija, y él contestó: ¿Por qué voy a renunciar a una eternidad feliz por 10 ó 15 años más que puedo vivir?, y prefirió el martirio antes que renegar de su fe cristiana.

Se convirtió pensando en la eternidad. A los pies de San Juan de Avila llegó una mujer. Ella no podía cambiar de vida, no podía dejar la ocasión de pecar. El santo la recomendó: "Vaya a su casa, esta noche siéntese una hora, dos, tres, sin moverse...; mañana venga a darme cuenta."

Al día siguiente llegó aquella persona de nuevo: "Padre, no pude estar sin moverme ni media hora". "Pues, hermana, dentro de poco tendrá usted que estar en el infierno, en una cama de fuego, sin moverse, no una hora, ni un año, sino toda la eternidad". Aquella mujer rompió a llorar y se convirtió.

Piensa que has de morir y tal vez muy pronto y antes de lo que piensas..., somos peregrinos en la tierra.

Si hay que romper con aquella ocasión de pecado, se rompe... Si hay que sacrificarse, se hace... ¡por una eternidad feliz!

Trabajemos ahora... La eternidad es bastante larga para descansar... Las pasiones las vencerás pensando en la eternidad.

San Ambrosio nos dice: "Dormís y el tiempo, que os ha concedido, pasa". El tiempo, ciertamente, pasa velozmente, y ¡cuan poco lo aprovechamos en la práctica de las buenas obras!

A este fin, antes de cada acción piensa y dí: "Vivo para la eternidad". Trabajo..., estudio..., rezo para la eternidad. ¿Cómo quisiera haber pensado, hablado y obrado durante la eternidad?

Aprovechemos el tiempo para ganar la eternidad.

San Juan de Avila solía decir: "El que cree en la eternidad y no se hace santo, merecería que lo encerrasen en una casa de locos".

Los santos veían este mundo como un grandísimo manicomio donde se cometen las mayores locuras e insensateces por todos los hombres. Consideremos este ejemplo:

Si a un niño le dijeran: "Si te portas bien hoy en clase, mañana te daré unas vacaciones que durarán un mes, y te daré el dinero suficiente para que puedas ir donde tú quieras, incluso a Disneylandia."

¿No sería una locura no aceptar tal proposición?

Pero si en vez de la oferta anterior le hiciesen esta otra:

"Si te portas bien una hora en clase, te daré unas vacaciones de todo un año, con todo el dinero que puedas gastar durante todo ese tiempo."

Cierto que si esta vez no aceptaba, su locura aún sería mayor.

Pero aún podríamos mejorar la hipotética proposición. Supongamos que un multimillonario le dice: "Solo porque te portes bien durante un minuto en

clase, te daré todo lo que tengo, que es tanto que no lo podrías gastar mientras vivas."

¡Por un solo minuto, la felicidad para toda a vida!

¿Qué diríamos si no aceptaba?

– Rotundamente que estaba loco.

Pues la oferta que Dios nos hace es todavía mejor; luego, si no la aceptamos es porque estamos completamente locos.

Razonemos:

La mejor oferta que se le hizo al niño, fue la del multimillonario, que le ofreció la felicidad para toda la vida a cambio de un minuto de buen comportamiento.

Supongamos que la vida del niño iba a ser de cien años.

¡Por un minuto de buen comportamiento, cien años de felicidad!

Supongamos que dicho millonario tuviera poder para alargar la vida todo lo que quisiera, de manera que si el buen comportamiento ascendía a dos minutos le concedería 200 años de felicidad; y si eran tres minutos, serían 300 años los que podría vivir el muchacho sin hacerse viejo, siempre en plena juventud, con todo el dinero necesario para gastar y sin que nunca le acometiese la enfermedad.

¡Por tres minutos, trescientos años; por diez minu-

tos, mil años, y sí todos los que el muchacho quisiera conseguir!

Cualquiera de nosotros estará de acuerdo en afirmar que si el muchacho no era tonto, debiera aprovechar todos los minutos de su vida.

Sin embargo, esto que acabamos de considerar como una hipótesis ficticia, es un hecho real, y la oferta se nos hace a todos, incluso en condiciones todavía mucho mejores que las que acabamos de considerar.

Veamos:

Supongamos que el niño del ejemplo fuera a vivir cien años, y que había decidido aprovechar todos los minutos de su vida para conseguir la más larga felicidad. ¿Cuántos años de felicidad le podrían corresponder por todos los minutos bien aprovechados de una vida de cien años?

¿Cuántos minutos son cien años?

– Poca cosa: 52.596.800

Y ¿cuántos minutos de felicidad le correspondían?

– No muchos: 5.259.680.000

¡Una miseria de diez cifras!

¿Qué son todos estos años comparados con la eternidad que Dios nos tiene prometida?

– Nada: menos que una gota de agua comparada con el mar océano. Los años tienen fin...

Pues si decíamos que el muchacho del ejemplo estaría loco si no aprovechaba bien todos los minutos de su vida, ¿qué diremos del cristiano que no aprove-

cha la suya siendo así que lo que se le ofrece es infinitamente más?

¡Porque la eternidad no es cosa de millones de años, ni tampoco de billones de años, ni siquiera se trata de muchos miles de trillones de años...!

¡La eternidad dura SIEMPRE, y eso no se puede escribir con números, porque no tiene límite, lo que quiere decir que nunca terminará!

EL CIELO

Después de haber hablado de los tres primeros novísimos: muerte, juicio e infierno, daré una breve idea del cielo a luz de la revelación. ¿Quién piensa en el cielo? La realidad es que pensamos poco en él y de él también hablamos poco. Hay mucho materialismo.

El comunismo ateo pone su paraíso en la tierra. Niegan el más allá; pero es menester reconocer que «estamos en el camino que conduce a la Patria» (S. Greg. Magno).

¿Qué dice Jesucristo del cielo? Lo llama la «Casa del Padre» donde subió a prepararnos lugar (Jn. 14, 2), y es la morada de Dios y de los santos, pues un día nos dirá: *«Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino que os esta preparando...»* (Mt. 25, 34) y al oír al ladrón arrepentido: *«Acuérdate de mi cuando estuvieres en tu reino»*, Jesus le dijo: *«Hoy estarás conmigo en el paraíso»*...

El cielo, pues, existe, y para merecerlo el mismo

Jesucristo nos dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19, 17).

¿QUE ES EL CIELO?

1) **Es un estado de felicidad inenarrable.** San Pablo nos habla del cielo, de las revelaciones que tuvo y dice que *«oyó palabras inefables que el hombre no puede expresar»* (2 Cor. 12, 4) y que *«ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman»* (1 Cor. 2, 9), y ¡cuántas cosas bellas no hemos visto y oído, y concebido cosas maravillosas, y sin embargo todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo!

2) **El cielo es nuestra verdadera Patria,** pues *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13, 14). Aquí *«somos peregrinos»* (Heb. 11, 13). «La tierra, dice San Agustín es destierro, cárcel; y sin embargo, es ya bella y agradable, ¿qué será la Patria?».

3) **El cielo es premio eterno,** pues *«los justos irán a la vida eterna»* (Mt. 25, 46). *«Alegraos y regocijaos porque es grande vuestra recompensa en el cielo»* (Mt. 5, 12). Nuestra casa eterna está en el cielo (1 Cor. 5, 1).

«Los sufrimientos, las penas y trabajos de esta vida no son de comparar con aquella gloria eterna, que debe resplandecer un día en nosotros» (Rom. 8, 18).

NUESTROS PECADOS Y LA MISERICORDIA DE DIOS

Después de las meditaciones anteriores se impone un examen de nuestros pecados y ante su malicia movernos a salir de ellos mediante una sincera confesión, y más si vemos que por tales pecados está manchada nuestra alma, y lograr de este modo verlà embellecida con la gracia santificante.

En la Sagrada Escritura leemos: *"Clemente y misericordioso es el Señor... y su misericordia se derrama sobre todas sus criaturas"* (Sal. 145, 8). *"Tienes piedad de todos porque todo lo puedes, y disumulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia"* (Sab. 11, 24)

Dios, que hace como que no ve nuestros pecados, nos está esperando a que nos acerquemos al sacramento del perdón. Pues ¿a qué vino Jesucristo al mundo? *"a salvar a los pecadores"* (1 Tim. 1, 15), y de hecho los judios lanzaron como insulto a su rostro: *"Este recibe a los pecadores"* (Lc. 15, 2)

El rey David en el salmo "Miserere" dice: *"Reconozco mil culpas y mi pecado está siempre contra mi. ¡Apiadate de mi, oh Dios, según tus piedades! Según la muchedumbre de tu misericordia, borra mi iniquidad"* (Sal. 51)

Breve examen de mis pecados

Cada uno tenemos el propio álbum de nuestra vida... Este álbum tiene muchas páginas, unas bellas, otras manchadas y ennegrecidas... Supongamos que cada año de nuestra vida es una página. Veamos el retrato que ofrecemos:

1° página: ¡Día del bautismo! Alma blanca. Se nos dijo: Recibe la estola blanca..., símbolo de la gracia. En la 2ª y 3ª página lo mismo... En la 5ª y 6ª, o sea, a los 5 ó 6 años, tal vez un poco desfigurada por las rabietas, desobediencias, mentiras, etc. En la 7ª y 8ª, quizá alguna falta grave: "¡Tantilus puer...". Como decía San Agustín: ¡Tan pequeñito, y ya tan pecador!...

En las siguientes páginas: alguna mancha grave: pensamientos, palabras, obras, omisiones... ¡Qué gran montón de pecados...! ¿Cómo han sido mis confesiones? ¿No fue alguna sacrílega? ¿Callé algún pecado por vergüenza?... Ved lugares, personas...

Esta mirada general es para reconocer que somos pecadores y detestamos los pecados, sin preocuparnos si fueron tantos o cuantos... Con paz, sin preocupaciones ni ansiedades...

Grandeza de la misericordia de Dios

Grandes son nuestras miserias, pero es mayor la misericordia de Dios. El salmista lo dice así:

"La misericordia de Dios está sobre todas sus obras" (Sal. 145, 9). *"Llena está la tierra de su misericordia"* (Sal. 33, 5).

"Dios quiere que todos los hombres se salven y que vengan al conocimiento de la Verdad" (1 Tim. 2, 4), y esta Verdad es Cristo.

"Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ez. 33, 11)

Dios quiere vernos libres del pecado, que nos hace esclavos, y para ello nos pide nuestra cooperación: que queramos salir de él mediante el arrepentimiento y la confesión.

La historia del hombre con relación a Dios es de continuos pecados, y la historia de Dios con relación al hombre es de continua misericordia.

En Dios todo es grande, todo es infinito. Su grandeza se manifiesta en su omnipotencia, en su Providencia, en su sabiduría, en su justicia..., pero en donde más resalta es en su *Misericordia*.

La misericordia de Dios debiera ser el motivo de nuestras continuas alabanzas, y decir, una vez enumerados los beneficios del Señor, como el pueblo de Israel al recitar el salmo 136: *"Porque es bueno, porque es eterna su misericordia"*.

Reconociendo que Jesucristo es la Misericordia personificada y que vino a la tierra a salvarnos, ya que a este fin se encarnó y sufrió una pasión ignominiosa, nadie debiera desconfiar, por muy gran pecador que fuera, de la misericordia infinita de Dios con

tal que se confesara arrepentido de sus pecados, pues en la Biblia se nos revela que la misericordia de Dios es mayor que nuestras misericordias.

Dios a nadie excluye del perdón. El que pronunció las parábolas del hijo pródigo y de la oveja perdida nos manifestó la misericordia infinita de Dios, e igualmente lo hizo perdonando a la Samaritana, a María Magdalena y a la mujer sorprendida en adulterio, al paralítico de Cafarnaum y Jesucristo fue el que recibió la confesión de San Pedro y del buen ladrón y los pedonó en el acto.

Si Jesucristo vino a salvar a los pecadores, y vemos que su misericordia alcanzó al perseguidor de la Iglesia, Pablo *"para ejemplo viviente de los que habían de creer en Cristo"*, y también tocó el corazón enlodazado de San Agustín y de tantos otros..., ¿no te va a alcanzar a ti?

El deber de todo cristiano es detestar el pecado porque éste se opone al fin para que fuimos creados por Dios e impide la entrada en el cielo.

Uno de los principales fines de una Misión o de unos buenos Ejercicios es reconciliar a las almas con Dios, y como el pecado es el enemigo de esta reconciliación, se impone hacer una buena confesión.

"Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonarnos y purificarnos de toda iniquidad" (1 Jn. 1, 9); pero esta confesión ha de ser sacramental y con detestación del pecado como ofensa de Dios y el propósito de la enmienda.

El Concilio Vaticano II manda a los sacerdotes que instruyan a los fieles para que con espíritu contrito sometan sus pecados a las llaves de la Iglesia en el sacramento de la penitencia, de suerte que día a día se conviertan más y más al Señor, recordando aquellas palabras suyas: "Haced penitencia porque se acerca el reino de los cielos" (Mt. 4, 17)

Por el sacramento de la penitencia se reconcilian los pecadores con Dios y con la Iglesia... y luego son introducidos a la participación de la Eucaristía en la que se contiene Cristo mismo, que da vida a los hombres (PO. 5)

Veamos ahora esta instrucción sobre la confesión, y al final hablaremos de la persona de Jesucristo y de la devoción de la Virgen María.

LA CONFESION DE LOS PECADOS

El sacramento de la penitencia o confesión

Aquí entendemos por penitencia el sacramento instituido por Jesucristo para perdonar los pecados cometidos después del bautismo.

Este sacramento se llama también «confesión» por ser necesario confesar los pecados para recibir el perdón (OT. 5).

La confesión de los pecados es un dogma católico fundado en palabras claras y precisas del mismo Jesucristo con las que trasmite a los apóstoles y en ellos a la iglesia (o sea, a los Obispos y sacerdotes) el poder

de perdonar y retener los pecados y de ejercer la misericordia de Dios.

Jesucristo instituyó la confesión con estas palabras:

Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retuvieres, les serán retenidos (Jn. 20, 21-23).

A los apóstoles y sucesores les dijo también: *En verdad os digo: cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo, y cuanto desatareis en la tierra será desatado en lo cielos* (Mt. 18,18).

De aquí se infiere que para perdonar o retener los pecados y para atar o desatar las conciencias, es necesario conocer las faltas que se han cometido. Y ¿cómo poderlas conocer sin confesión?...

Al igual que un juez no puede formar juicio cabal sin conocer la causa para absolver o condenar, así el sacerdote confesor no podrá pronunciar sentencia alguna sobre los pecados, si no ha precedido una acusación.

Como en la confesión hay que manifestar los pecados para que se nos perdonen, veamos qué es pecado.

¿Qué es pecado?

La Escritura Santa como ya hemos dicho, nos da esta definición: *El pecado es la transgresión de la ley de Dios* (1 Jn. 3, 4).

Pecado es oponerse a la voluntad de Dios que se

nos manifiesta en sus mandamientos: Dios dice: «Ama a tu prójimo, santifica las fiestas, no robes, no mates, no cometas acciones deshonestas...». Si tú respondieras: «No quiero cumplir estos mandamientos», entonces cometes un pecado.

En consecuencia: Pecado es toda desobediencia voluntaria a la ley de Dios.

¿Qué es pecado mortal?

Es decir, hacer, pensar o desear algo contra la ley de Dios en materia grave; y materia grave es: blasfemar, no asistir a Misa los domingos y días festivos, cometer actos deshonestos, etc... (De estos pecados tendrás que confesarte, si los has cometido).

Se llama «mortal» porque causa la muerte al alma, al quitarle la gracia santificante, que es su vida sobrenatural.

Las condiciones del pecado mortal son: materia grave, plena advertencia a la gravedad de lo mandado o prohibido, y pleno consentimiento de parte de la voluntad.

Necesidad de la confesión

El Concilio de Trento nos lo dice así: «Es tan necesario el sacramento de la salvación de los que han caído (en pecados graves) después del bautismo, como lo es el bautismo para los que no lo han recibi-

do... La confesión sacramental es necesaria por derecho divino para la salvación».

Como el «ministerio de la reconciliación» lo ha confiado Dios a los sacerdotes (2 Cor 5, 18) y a ellos les ha dado el poder de perdonar los pecados (Jn 20, 23), por esta razón si queremos obtener el perdón de nuestras culpas debemos confesarnos a los sacerdotes, y aunque la Iglesia ha dado el precepto de confesar los pecados mortales «al menos» una vez al año, y cuando uno está en peligro de muerte, y si se ha de comulgar, es necesrio reconocer que su deseo es que nos confesemos y comulguemos con más frecuencia.

Veamos ahora las ventajas de una buena confesión, los pretextos de algunos para no confesarse y cómo debemos disponernos para la confesión.

Ventajas de la confesión

Las ventajas de la confesión son muchas y excelentes:

1. Porque la experiencia nos dice que la mayor parte de los hombres que han caído en graves crímenes, tienen luego remordimientos, y cuando se han confesado han sentido una gran alegría, por reconocer que Dios les ha perdonado.

A los indiferentes en religión y a muchos negligentes en practicarla, se les ha visto satisfechos cuando se confiesan sus mujeres, sus hijos y sus criados, porque ven luego que les son más fieles, los que no

les roban, los que les respetan y observan mejor la caridad.

2. Porque la confesión (y es una consecuencia de lo dicho), es un freno contra el crimen, y ella hace reinar la buena fe, la justicia, el desinterés, la caridad fraterna, la pureza de costumbres y el bienestar en el hogar y en la sociedad.

3. Porque la confesión rehabilita al hombre cuando ha sido culpable y le instruye en los deberes de su estado dirigiéndolo por el camino de la virtud.

4. Porque la confesión cura, justifica y perdona toda clase de pecados, purificando y embelleciendo nuestras almas. Ella nos da paz, nos cierra el infierno y nos pone en el camino del cielo donde no entrará nada manchado.

Cuando al sacerdote, hombre de Dios, se le descubre el corazón, sin recelo, en el secreto del tribunal sagrado, él, como defensor incorruptible de los derechos de Dios, y como amigo firme y sincero del culpable, es a su vez médico espiritual que aplica el remedio a sus llagas, indicando los medios para combatir el vicio, adquirir la virtud y así permanecer en gracia o amistad divina.

Pretextos para no confesarse

1.° **No creo en la confesión**. Si habláis así por ignorancia, debe tenerse lástima de vosotros y conviene instruiros; entonces creeréis... Si habláis así por

impiedad, vuestro lenguaje prueba que vais por malos caminos y os exponéis a ser desgraciados temporal y eternamente. Si Dios os abandona es porque vosotros sois los primeros en alejaros de Él y de sus mandamientos.

2.° **La confesión es una invención de los hombres**. Ya he probado antes la divinidad de la confesión pues trae origen únicamente de Jesucristo. Si no fuera una fundación divina nadie se confesaría.

3.° **Los sacerdotes son hombres como los demás**. El Jefe del Estado, o el rey, un ministro, un juez son también hombres como los demás. Pero, cuando mandan o deciden alguna cosa ¿se miran sus decisiones o sus órdenes de la misma manera que se mirarían las decisiones o las órdenes de los hombres que no estuviesen revestidos de ningún carácter ni de ninguna autoridad? No es a todos los hombres, sino a sus discípulos legítimos, a quienes Jesucristo dijo: *«A quien perdonareis los pecados, le serán perdonados..., y lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo...»*. Este poder hace que en materia de administración de sacramentos, los sacerdotes no sean hombres como los demás fieles...

4.° **Sólo Dios puede perdonar los pecados**. Esto es verdad; pero es una prueba de que los sacerdotes que los perdonan, tienen los poderes de Dios, a quien representan y absuelven en su nombre. El sacerdote en el tribunal de la penitencia representa a Cristo, y cuando él dice: «Yo te absuelvo», es Cristo el que perdona.

5.° **Yo me confieso a Dios**. Es una cosa muy buena, pero no basta, porque es Dios el que quiere que te confieses a un sacerdote, y sin esto no hay perdón.

6.° **Es demasiado penoso confesarse**. No es así. Podrá decirse que es humillante para nuestro orgullo, ya que la confesión no es otra cosa que el relato sincero y completo de los desórdenes de nuestra vida: malos pensamientos y deseos, malas palabras, miradas, acciones y omisiones; pero Jesucristo que nos ama tanto es el que ha querido que nuestros corazones quedaran regenerados y limpios de toda mancha de pecado, y por eso ha establecido la confesión. Además podría causarnos gran temor y respeto si fuera un ángel el que nos confesara, pero es un pobre pecador, que puede pecar como nosotros y necesitar también indulgencia. La confesión es *fácil* porque Dios nos ofrece el perdón a condición de confesar en secreto nuestros pecados.

7.° **Sólo los ignorantes se confiesan**. Decid más bien que sólo dejan de confesarse los que ignoran sus más importantes deberes o los impíos. Y por cierto la ignorancia y la impiedad no son argumentos muy sólidos. Los Papas, los Obispos, los teólogos y grandes sabios y lumbreras de la Iglesia, se confesaban y se confiesan...

Muchos recordarán las vidas de los dos últimos Papas: Pío XII, Juan XXIII... por no citar a otros. ¡Con qué frecuencia se confesaban! Pio XII en su encíclica «Menti Nostrae» exhorta especialmente a los sacerdotes, aunque se tengan faltas muy leves, que se acer-

quen con frecuencia al sacramento de la penitencia, obra maestra de la bondad de Dios. El que tienda a la perfección debe tener esto en cuenta, ya que en la confesión se purifican las almas, reciben mayores gracias y se disponen para no caer en pecados graves...

8.° **¿Qué dirá mi confesor, qué pensará de mi vida sembrada de debilidades y crímenes?** Vuestro confesor quedará edificado de vuestra humildad y sinceridad... *¿Qué dirá de mis caídas?* Dirá que es natural y frecuente el caer...; que todos estamos inclinados al mal, rodeados de enemigos, etc. Dirá y pensará que si Dios no os hubiese socorrido, habrías ido mucho más lejos por el camino del mal; y que, sin su gracia, no os vería hacer a sus pies la confesión de vuestros pecados, y dejar vuestra pesada carga. Bendecirá a Dios, y os animará a echaros en brazos de su misericordia. El confesor también es un pobre pecador que tendrá lástima de vosotros. *¿Qué dirá vuestro confesor?* Quedará convencido de que sois un alma fuerte que desprecia los respetos humanos, y que vuestro valor, cuando tratéis de levantaros, es mucho mayor que vuestra pasada debilidad, cuando ibais de caída en caída.

9.° **No me atrevo a confesarme; tengo vergüenza**. Caer es en efecto vergonzoso: ocultar el pecado, guardarlo en el corazón, lo es mucho más; pero levantarse con la confesión y el arrepentimiento, es un acto honroso ante Dios y los hombres... David, San Pablo, la Magdalena, San Agustín, etc. ¿se han des-

honrado acaso haciendo una confesión pública? Y la vuestra se hace en el más profundo secreto... Además si tienes reparos el ir con un confesor, eres libre para ir a otro.

10.° Pero **¿y si mi confesor violaba el secreto de la confesión?** La ley del secreto de la confesión es tan estricta, tiene tanta extensión que un confesor puede decir con San Agustín: «Lo que sé por la confesión me es menos conocido que lo que me es enteramente desconocido». El secreto de la confesión es de derecho natural, y Dios vela por él, pues «si no hubiese sido inviolable e inviolado, la práctica de la confesión no subsistiría ya».

Se han visto sacerdotes que apostataban, que perdían el juicio, etc; pero jamás se sabe de ninguno que haya violado este secreto de la confesión.

11.° **Pero yo vuelvo a caer siempre**. La confesión no nos hace enteramente impecables. Por lo demás, si no os confesaseis seríais víctimas de más frecuentes y terribles caídas... Confesaos, confesaos más a menudo; vuestra negligencia sobre el particular es la principal causa de vuestras recaídas... El que suele caer en pecados graves, para vencer y vivir en gracia deberá poner los medios que están a su alcance y estos son: la confesión y la comunión frecuente, fortificar la voluntad o sea, hacer lo que está de su parte y *evitar las ocasiones del pecado...* trabajar, no estar ocioso... «querer es poder».

Los que se confiesan con frecuencia y suelen ir con las mismas faltas veniales al confesonario, no de-

ben desanimarse, y deben pensar que así como el polvo cae todos los días en las casas y todos los días se barren, así sucede con las faltas veniales en el alma. ¡qué fácil es un comentario sobre defectos que se ven, la falta de dominio en nuestro genio, los choques entre caracteres diversos, y cosas por el estilo! Además lo perfecto está en el cielo. Si todas las semanas te mudas de ropa para limpieza del cuerpo, ¿por qué no hacerlo cada semana o cada quince días para la limpieza del alma o al menos cada mes? El ideal sería tener un confesor fijo que fuera director, que nos conociera bien y siguiéramos sus acertados consejos, siempre que viéramos que se interesaba por nuestra alma y nos encauzaba por el camino de la perfección. Por falta de un buen director fallan las vocaciones y el adelanto en la vida espiritual.

12.° **Los que se confiesan no valen más que los otros, no tienen las costumbres más puras; su carácter y su lenguaje son tan poco dignos dė estimación, como el carácter y el lenguaje de los que no confiesan.**

Esto es falso. Todos los que caen en desórdenes empiezan por abandonar la confesión, y vuelven a acudir a ella cuando quieren cambiar de vida. Sin embargo, es verdad que algunas veces tal o cual persona que se confiesa no vale más que otra que no se confiesa; pero no han de tomarse los abusos de la confesión por la confesión misma.

A veces vemos que tal persona que comulga tiene ciertas faltas, pero notemos que más tendría si no comulgase. A un capitán que solía comulgar con fre-

cuencia, le dijeron un día sus soldados: Mi capitán, veo que tiene Vd. mucho genio y comulga todos los días. «Es cierto, les replicó él, yo noto mi genio y comulgo, !qué sería si no comulgase!... os tiraría por la ventana». Esto quiere decir que somos frágiles, mas para perfeccionarnos debemos acercarnos a los sacramentos y esforzarnos por ser cada vez mejores.

13.° **Me confesaría, y hasta me he confesado; pero mi confesor es demasiado severo: no me da la absolución cuando la deseo.** ¿Queréis hacer una buena confesión? No queráis erigiros en juez de vuestro Padre espiritual. Una absolución dada con ligereza es peligrosa para el que la da, inútil y muchas veces dañosa para el que la recibe.

Hay males profundos que no se curan con un medicamento demasiado flojo. Hay quienes encienden una luz a Dios en la mañana y en la tarde, una vez recibida la comunión encienden otra al diablo...; no se ve que tengan realmente contrición y buen propósito...

A veces se ha de negar la absolución o diferirla según los casos, vg. cuando se ha causado algún perjuicio grave al prójimo, ya en sus bienes ya en su honra, y no se quiere reparar según sus posibilidades, ni prometer hacerlo cuando pueden; cuando uno vive expuesto voluntariamente al pecado mortal, si no se aleja de la ocasión o cuando una persona no quiere dejar de ser ocasión próxima de pecado. Los pecadores públicos tampoco pueden ser admitidos a los sacramentos hasta que hayan reparado el escándalo

que dieron, con una satisfacción conveniente; y no basta una promesa, es menester una verdadera reparación.

Las principales causas de la repugnancia que se experimenta hacia la confesión, suelen ser éstas: La ignorancia, la pérdida de la fe, las pasiones, los malos hábitos y la voluntad de no renunciar a ellos.

¿Cómo ha de ser nuestra confesión?

Ha de tener estas cualidades:

1.° **Humilde**. El penitente debe ser humilde en el modo de declarar sus pecados, no sólo exterior, sino sobre todo interiormente, como nos enseña el publicano en el Evangelio... La confesión no es un relato o una historia indiferente; es una declaración de nuestra culpabilidad, y que nos vemos movidos a hacerla por reconocer la necesidad que tenemos de la misericordia de Dios.

La confesión humilde excluye toda excusa y todo pretexto... No hay que achacar pecados a otros. Ver antes nuestra culpabilidad...

2.° **Sincera**. Es preciso confesar la falta tal cual es, sin aumentarla, ni disminuirla, ni disimular nada. Cualquiera que manifieste los pecados, bajo cuyo peso ande agobiado, se descarga de ellos... No ocultes pecador por vergüenza... No hagas confesiones sacrílegas... Si quieres que desaparezcan todos los remordimientos aunque te costase, al acercarte al confesionario di al sacerdote que te cuesta confesarte o que

callaste unos pecados, y sin que le digas más, él te ayudará a quitar esa vergüenza y a que tu alma quede limpia de pecado y puesta en amistad con Dios. *«El que oculta sus pecados, diré con los Proverbios, no prosperará, el que los confiesa y se enmienda alcanzará misericordia»* (28, 13). La confesión sincera es la mejor disposición para obtener el perdón. El que no confiesa sus pecados, Dios los manifestará un día públicamente. Es preferible no confesarse, antes que confesarse mal.

3.° **Prudente**. Es preciso no acusarse más que de las faltas propias y declararlas de modo que no se den a conocer los cómplices. No es sólo una imprudencia, sino un pecado contra la caridad y una maledicencia manifestar sin necesidad los pecados de otros...

4.° **Entera**. El que oculta un pecado mortal, aunque confesare otros, la confesión siempre será nula y sacrílega. Deben, pues, confesarse todos y cada uno de los pecados mortales de que nos acordemos después de un maduro examen y aunque los pecados veniales no sean materia necesaria para la acusación, son sin embargo materia suficiente para la absolución, siendo, por tanto, útil y más seguro declararlos, y porque pudiéramos exponernos a tomar por venial lo que es mortal...

¿Cómo disponerse para la confesión?

Para disponerse uno bien a la confesión, son necesarias, como dice el Catecismo, cinco cosas:

1.ª **Examen de conciencia**, y deberá hacerse por los Mandamientos de la Ley de Dios, los de la Iglesia y los deberes propios... Mediante este examen el pecador reconoce sus pecados...

2.ª **Contrición de corazón**. Esta se da cuando, conocido el pecado se aborrece y se detesta...

3.ª **Propósito de la enmienda**, o sea, tomar la resolución de no querer volver a pecar y cambiar de vida...

4.ª **Confesión de boca**, o sea, declarar, como hemos dicho, con sinceridad y humildad los pecados al confesor...; pero no basta decirles, sino que es necesario esperar a que nos de la absolución.

5.ª **Satisfacción de obras**, esto es, satisfacer a Dios por el mal que se hizo mediante el cumplimiento de la penitencia impuesta por el confesor...

Cuando el pecador se dispone así a recibir el sacramento de la penitencia, entonces es cuando el sacerdote o ministro de la Iglesia pronuncia eficazmente su palabra de absolución.

Cuando el sacerdote dice: «Yo te absuelvo», es como el abrazo de Dios, la manifestación de su perdón y de su amor. Entonces todo pecador se debe sentir de nuevo «hijo de Dios», y ya limpio de pecado y como renacido a una nueva vida, al igual que el día del bautismo puede acercarse a comulgar. *Un bello ejemplo de arrepentimiento lo tenemos en la parábola del «hijo pródigo»* (Léase en el cap. 15 del Evangelio de San Lucas).

La misericordia de Dios en la confesión

El Concilio Vaticano II nos dice cómo la misericordia de Dios se refleja de un modo maravilloso en la confesión: «Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de Éste, y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que, pecando ofendieron la cual con caridad, con ejemplos y oraciones, les ayuda en su conversión (Igl. 11).

He aquí un ejemplo digno de notarse. Es un caso que ocurrió hace ya muchos años con motivo de haber caído un libro mío titulado: «De pecadores a santos» en manos de uno que vivía lejos de esta ciudad y que hacía unos veinte años que no se confesaba. Al leer la página en que hablaba de la infinita misericordia de Dios, y en la que decía que todos nuestros pecados por grandes que fuesen, al confesarlos, venían a ser como una pajita arrojada en una inmensa hoguera que al punto desaparecían, esto le movió a preguntar por mí, y el día que se me acercó me dijo: «¿Es usted el que ha escrito este libro?» Sí, le dije. Entonces añadió: «Hay en él una cosa que es la que me puede salvar: la misericordia de Dios descrita por Vd. ¿Tendría la bondad de oírme en confesión general?» Naturalmente, le dije: sí ahora mismo. Una vez confesados sus muchos pecados, al decirle que confiara en la misericordia de Dios que era mayor que sus miserias, se echó a llorar como un niño. Aquellas lágrimas eran de alegría pues me dijo depués: «Padre,

parece que se me ha quitado una losa de encima, un peso grande y ahora soy feliz». Aprendamos todos a detestar lo malo que haya en nosotros confiando en la misericordia de Dios, que «no quiere la muerte del pecador», y «hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia».

LA SAGRADA COMUNION

¿A quién recibimos en el sacramento de la comunión?

Recibimos a Jesucristo, verdadero Dios y hombre, que está verdaderamente en el Santísimo Sacramento del altar.

Jesucristo empieza a estar presente en la Eucaristía en el momento de la consagración de la Misa.

Este sacramento lo recibimos para que sea mantenimiento de nuestras almas y nos aumente la gracia.

¿Cómo hemos de acercarnos a comulgar?

Como Jesucristo está real y verdaderamente presente bajo las especies de pan y vino, según nos lo dice la fe (pues lo sabemos por las palabras de su promesa, de su institución y porque así nos lo enseña la Iglesia), debemos acercarnos a comulgar con estas condiciones:

1.° **En gracia de Dios**, esto es, sin pecado mortal, porque sino cometeríamos un grande sacrilegio, pues Jesucristo es todo santidad. Por tanto, el que haya caído en algún pecado mortal, no deberá acercarse a la comunión sin haberse confesado antes.

2.° **Con buena intención**, sabiendo a quien vamos a recibir.

3.° **Con fe viva**, fervor, humildad y modestia.

4.° **Observando el ayuno eucarístico**, que consiste en no haber comido ni bebido nada desde una hora antes de comulgar, exceptuando el agua, porque ésta no rompe el ayuno.

¿Qué ha prometido Jesucristo a los que comulgan?

Les ha prometido la vida eterna: *«El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día»* (Jn. 6, 54).

¿Qué dice San Pablo de la comunión indigna?

«Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor... pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, come y bebe su condenación» (1 Cor. 11, 27-29).

¿Quién puede comulgar todos los días?

El que se encuentre en estado de gracia y tenga recta intención (guardando el ayuno eucarístico) puede comulgar todos los días. Cuando tú comul-

gues, no salgas enseguida a la calle, permanece un rato en el templo dando gracias a Dios. Reza entonces despacio y con devoción al menos un Padrenuestro y un Avemaría.

Oración a la Virgen de Juan Pablo II

Esperanza nuestra, míranos con compasión,
enséñanos a ir continuamente a Jesús
y, si caemos, ayúdanos a levantarnos,
a volver a Él mediante la confesión
de nuestras culpas
y pecados en el Sacramento de la Penitencia,
que trae sosiego al alma.

Estudiemos a Jesucristo

¿QUIEN ES JESUCRISTO?

El mismo Jesucristo hizo un día esta pregunta a los fariseos (los intelectuales del pueblo judío, que se preciaban de saber las Sagradas Escrituras): *¿QUE OS PARECE DE CRISTO?...*, y nos dice el Evangelio que *"no supieron responderle"*(Mt. 22, 41-46)

Si hoy hiciéramos esta pregunta a muchos de los que se llaman cristianos: *¿Quién es Jesucristo?* ¿Sabrían respondernos?

Estudiemos la gran figura de Jesucristo, y reconoceremos que es la figura central de la historia y de la Biblia, pues en El convergen todas las profecías.

Su vida es admirable, la tenemos en la Biblia, especialmente en los Evangelios, los que todos debieran leer, siquiera un capítulo o una página diaria.

De nadie se ha escrito la vida antes de nacer, nada más que de Jesucristo, pues muchos siglos antes de que El viniese al mundo, hubo profetas, que en nombre de Dios anunciaron que había de nacer de una Virgen y en Belén de Judá, que anunciaría a los pue-

blos una doctrina salvadora, que sufriría mucho por redimir a los hombres, que daría la vida por ellos y moriría, pero al tercer día resucitaría, y todas las profecías se cumplieron en El.

El nombre de Jesucristo se compone de JESUS = Salvador, y de CRISTO (palabra griega, en hebreo MESIAS)

Este nombre de Jesús es *un nombre sobre todo nombre ante el cual se doblará toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno* (Fil, 2, 9-10)

JESUS es el Salvador que Dios había prometido a Adán en el paraíso, y luego a los patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob... El es el que venían anunciando los profetas, Jesús de Nazaret, el que nos trajo un mensaje de salvación, mensaje de dicha y de paz.

El quiso venir a la tierra por medio de la Virgen María, siendo concebido de un modo totalmente virginal sin intervención de varón (Mt. 1, 18-25; Lc. 1, 26 ss)

Después de pasar su vida oculta en Nazaret, a la edad de treinta años empezó a predicar... Su porte exterior, sus atractivos, su manera de ser, su doctrina salvadora, eran tales que las familias pobres, las más humildes, los obreros del campo..., le seguían por el desierto, lejos de las aldeas, hasta olvidarse de que tenían que comer, y en favor de ellos hizo innumerables milagros.

Sus hechos principales

Estos fueron la elección de doce apóstoles y la fundación de su Iglesia. Jesús iba con ellos *"recorriendo todas las ciudades y villas enseñando y predicando el Evangelio del reino"* (Mt. 9, 35)

Su doctrina era admirable: se preocupó de los niños y de los pobres... Fue exigente con los fariseos, asequible y amable con los pecadores, y con lenguaje sencillo expuso unos principios de moral y sabiduría también admirables, que confirmó con muchos milagros.

"Hablaba como quien tiene autoridad...", y las gentes decían: *"Jamás persona alguna ha hablado como este hombre"* (Jn. 7, 46)

"Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oirle y a que los curase de sus enfermedades" (Lc. 5, 15)

También decían: *"El es el Salvador del mundo"* (Jn. 4, 22)

Jesús dijo de sí mismo: *"Yo soy el Mesías"* (Jn. 4, 26) *"Yo soy el camino, la verdad y la vida"* (Jn. 14, 6)

"Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no anda en tinieblas" (Jn. 8, 2)

El demostró con sus milagros y profecías, especialmente con el de su resurrección, que El era Dios.

¿Qué más hemos de decir de Jesús?

Jesús es una persona histórica y una persona viva, pues continua viviendo, y aunque subió al cielo, no se ha desentendido de los hombres.

A sus apóstoles les dijo que fueran por todo el mundo predicando su Evangelio, y que todo *el que lo creyera se salvaría, y el que no lo creyere, se condenaría* (Mc. 16, 15) Además les añadió: *"Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos"* (Mt. 28, 20), y *"no temáis a los que matan el cuerpo, que el alma no la pueden matar; temed más bien al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno"* (Mt. 10, 28)

De Jesucristo hemos de saber que es Dios y hombre, Hijo natural de Dios. Expliquemos estos términos.

JESUCRISTO ES DIOS Y HOMBRE A LA VEZ

Esto es lo principal que todos debemos saber de El. En el Evangelio leemos que Jesús dijo a los judios: *«Antes que Abraham fuera, yo soy»*. (Jn.8,58). Al oírle le dijeron: *«¿Cómo es posible que hayas existido antes que Abraham, si no tienes aún cincuenta años?* (Abraham vivió unos 2.000 años antes de Cristo).

Notemos que en Jesucristo hay un **Yo** solamente, o sea, **una persona,** que dice que fue antes que Abraham, y el mismo que habla es a su vez descendiente de Abraham e hijo de María.

¿Cómo explicar esto? Sencillamente Jesucristo es Dios y hombre a la vez. Como Dios es anterior a Abraham, y como hombre es posterior a él. Jesucristo es Dios desde la eternidad, y se hizo hombre en el tiempo.

Al principio del Evangelio de San Juan leemos: *«El Verbo era Dios»*. El Verbo es la Palabra del Padre, que existía desde que existe el Padre, y esta Palabra, que era Dios, se encarnó, se hizo hombre y habitó entre nosotros.

JESUCRISTO, HIJO NATURAL DE DIOS

La expresión *«Hijo natural de Dios»* equivale a decir: que Jesucristo es Dios, pues el Hijo natural de Dios es Dios, como el hijo natural de un hombre es hombre.

El «Verbo» o Palabra del Padre es Hijo natural de Dios y es Dios como el Padre, de la misma naturaleza o esencia, y por tanto es uno con El, y por eso dijo: *«Yo y el Padre somos una misma cosa... y quien me ve a mí, ve al Padre»*, distinguiéndose las personas divinas...

En Jesucristo hay dos nacimientos: uno eterno y otro temporal. *Uno eterno,* porque el viene del Padre desde toda la eternidad, y así lo decimos en el Credo de la Misa: **«nacido del Padre antes de todos los siglos»**. Nace del Padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre; por eso el Hijo de Dios se llama también **Verbo** (la Palabra).

Otro temporal, porque cuando *«llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo* (a su Verbo o Palabra eterna), *nacido de una mujer»* (Gál. 4,4)... El Hijo de Dios tomó carne de María y se hizo hombre como nosotros en el tiempo, y por lo mismo el Hijo de María es Hijo de Dios.

En consecuencia: Jesucristo es el Centro de la Biblia y de la Historia, y en El, como ya dijimos, convergen todas las profecías... y es el Mesías y el Dios verdadero y si El nos habla, justo es que sigamos su doctrina.

LAS DOS BANDERAS

Hoy en el mundo Satanás, el diablo, está como suelto, y las fuerzas del mal, imbuidas por él, se alzan con su bandera, que es completamente opuesta a la de Cristo.

–**Satanás** escribió en su bandera: *riquezas, honores, placeres, felicidad.* Debiera haber escrito: *impiedad, impureza, soberbia, infierno.* Pero no lo hizo así, porque no atraería a los mortales, ya que nadie quiere ser abiertamente malo.

Las riquezas en si no son malas, pero pueden ser pecaminosas en cuanto son causa de injusticias y pecados; lo mismo el placer puede ser honesto; pero fácilmente puede fomentar la sensualidad y el pecado de impureza que conduce al infierno...

–**Cristo** escribió en la suya: *Penitencia, vida cris-*

tiana, paciencia, cielo. A este fin manda predicadores, sus misioneros o ministros, para que expongan su programa a todos los hombres: *"Id, predicad a todas las gentes..."*. Y ¿qué han de predicar? El Evangelio, la cruz de Cristo: *"Si alguno quiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame". "Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que sufren..."*

El camino de Cristo es estrecho y conduce al cielo.

El camino de Satanás es ancho y conduce a la perdición.

¿Qué bandera vamos a seguir? Cuesta ciertamente ir por el camino de la cruz, de la pobreza espiritual, de los oprobios y las humillaciones; pero ésta es la bandera y espiritu de Cristo y es el camino que conduce a la santidad.

Cristo se nos pone delante como ejemplo. El nace, vive y muere pobremente... sufre... y nos manda luchar contra las pasiones, la sensualidad, la avaricia...

Los apóstoles, los mártires, los santos..., siguieron a Cristo por este camino... y por Cristo predican, enseñan y se mortifican..., viviendo la vida de gracia.

¿Dónde están hoy las masas de católicos que vivan esta vida, que llenen nuestros templos y frecuenten los sacramentos? ¡Cuántos, al contrario, en pecado, cuántos cadaveres ambulantes, que tienen el nombre de "vivientes" pero en realidad están muertos!

–El pecado es una contradicción, un sin sentido,

algo absurdo. El verdadero cristianismo vive la vida de Dios, mas el pecado mata la vida de Dios.

Ser cristiano es tener temor de Dios, amarle y servirle, y pecar es ofenderle, desobedecerle, y ¡cuántos en la actualidad le están ofendiendo por quebrantar sus santos mandamientos!

Los cristianos somos algo sagrado por el bautismo convertidos en templos de Dios; mas el pecado profana este templo...

LECCIONES DE JESUCRISTO

Sabemos que Jesucristo vino a este mundo a salvarnos y realizó nuestra redención con su doctrina o predicación evangélica, con sus mandamientos y promesas, con su ejemplo de vida, con el sacrificio de la cruz...

El se nos presentó como Maestro y sus enseñanzas las podemos ver en el Evangelio, el que no debiéramos de dejar de leer con frecuencia. He aquí algunas de sus lecciones:

1) **Lección de pobreza...** Jesús, en cuanto Dios, es dueño de todas las riquezas, pues es el Creador del mundo; pero al aparecer en la tierra como hombre practica la pobreza durante toda su vida, pues nace pobre en un portal destartalado..., vive pobre... y muere completamente pobre.

Y ¿por qué practica así la pobreza pudiendo nacer en un palacio? Para enseñarnos que las verdaderas riquezas no son las de la tierra, que un día hemos

de abandonar, ya que la muerte nos despojará de todas, sino que las verdaderas riquezas son otros bienes, los sobrenaturales: la gracia, las virtudes, la gloria. Y por eso muchos cristianos las despreciaron para seguir más libremente a Cristo.

El dijo: "*Bienaventurados los pobres en el espíritu...*". "*Si quieres ser perfecto vende cuanto tienes, dáselo a los pobres y sígueme*" (Mt. 19,21)

– A los que querían seguirle les dijo que no lo hicieran por el dinero: "*Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la pobreza*" (Mt. 8.19-20)

– A los que se apegan a las riquezas, les dijo: "*¡Ay de vosotros los ricos...*

Y a sus apóstoles: "*No os preocupéis... qué habéis de comer y beber... Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*" (Mt. 6,31 s.)

Estamos destinados a una vida sobrenatural, al cielo, y este se compra con el desprendimiento... "*Teniendo, pues que comer y con que alimentarnos, estemos contentos*" (1 Tim. 6,8) «*Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él*»

2) **Lección de humildad.** Vida oculta en Nazaret durante treinta años... Jesús, siendo Dios, se anonadó, tomó la naturaleza de esclavo y lejos de buscar su gloria (Jn.8,50) se humilla hasta lavar los pies a sus discípulos (Jn.3,14) y hasta morir en una cruz (Fil.2,8)...

Jesús dijo: "*Aprended de Mi, que soy manso y hu-*

milde de corazón" (Mt.11,29). La verdadera humildad no es más que el exacto conocimiento de Dios y de uno mismo. *"Que os conozca, Señor, y me conozca"* (S. Agustín). Que conozca a Dios para amarle, y me conozca a mi para despreciarme.

El verdadero humilde es el que se reconoce hechura de Dios y que todo cuanto tiene de inteligencia, de hermosura, de gracia..., lo ha recibido de Dios, y a El lo refiere: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste? ¿de qué te glorías como si no lo hubieras recibido?"* (1 Cor.4,7).

Jesucristo se humilló para darnos ejemplo de esta virtud y curar nuestra soberbia.

"La humildad es origen de todo bien, mientras que el orgullo es origen de todo mal" (S. Vicente Paúl)

"Muchos tienen la apariencia de la humildad, pero no la virtud" (S. Ambrosio)

3) **Lección de trabajo.** Jesús pasó en Nazaret como el hijo del carpintero (Mt.13,54-55). En su vida oculta como en su vida pública *"todo lo hizo bien"* (Mc.7,37). toda su vida fue un continuo trabajo, primero por hacerse hombre y hombre trabajador y después apareciendo sin descanso en el apostolado *"fatigado del camino"* (Jn.4,6)... y enseñando con las parábolas de los talentos y de los obreros de la viña a no estar ociosos...

El trabajo bien hecho agrada a Dios, le da gloria y nos santifica, mientras que la ociosidad es madre de todos los vicios.

4) **Lección de obediencia.** Según el Evangelio: *"Jesús estuvo sujeto a ellos"*, esto es, fue obediente a sus padres, y crecía en edad, sabiduría y gracia, o sea, en virtud. San Pablo resumirá así su vida: *"Fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz"* (Fil.2,8). Es un ejemplo para cada uno de nosotros.

Nuestro deber es obedecer a la autoridad legítimamente constituida, pues la autoridad del que nos manda viene en último término de Dios en cuanto es el autor de la vida social del hombre. Dios ha querido que vivamos en sociedad, y el elemento esencial de toda sociedad es la autoridad, que procede de Dios (Rom.13,1 ss).

La autoridad y la obediencia se ejercen al servicio del bien común como dos aspectos complementarios (Pablo VI).

Muchos dicen que hay crisis de autoridad, pero ¿no será más bien de obediencia y de disciplina? Muchos se dejan llevar de lo cómodo y rehusan el deber con fútiles pretextos y rehuyen todo lo que cuesta...

Obedecer a la autoridad es una obligación independiente de las cualidades personales; el modo de sumisión es el establecido por Dios: *"Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios"*.

5) **Lección de castidad.** Jesús dijo: *"Bienaventurados los limpios de corazón..."* (Mt.5,8). Los limpios y puros de corazón son los que no admiten el menor pecado, y menos el de impureza, pues como El dijo: *Lo que mancha al alma son las blasfemias, los robos, las impurezas, etc.*

La virginidad es un don de lo alto y el camino más perfecto, pero no todos son capaces de seguirlo sin una asistencia especial de la gracia divina. El matrimonio es bueno, pero la virginidad es mejor (1 Cor.7,25-40), porque deja el ánimo más libre para entregarse al servicio de Dios y de las almas, y este es el sentido de la virginidad o verdadero celibato: Amor a Dios y a las almas. El celibato no es solo renuncia de algo, sino primeramente una entrega personal y total a Dios y a su obra; a esta entrega al apostolado y al bien de la Iglesia de Dios, se pospone todo lo demás.

Las almas grandes han sido muy amantes de la pureza... Las almas que se dan cuenta de su valor, se han consagrado al servicio pleno de Dios en el claustro o en el mundo. Queriendo ser santas en cuerpo y alma, hoy no faltan jóvenes que se consagran por amor al reino de los cielos, pues quieren ser libres de todos los cuidados del siglo, y si renuncian al matrimonio es por no dividir su corazón, sino que quieren que sea totalmente para Dios.

El apóstol nos dice: *"Glorificad a Dios en vuestros cuerpos..."*

6) **Lección de oración.** Jesús nos dio ejemplo al orar y enseñarnos a orar." *Pasaba noches en oración...* (Lc.6,12). El recomendaba a sus apóstoles a *"velar y orar para no caer en la tentación"* (Mt.26,39 ss). Orar es hablar con Dios; es ponerse en comunicación con El, y esto lo podemos hacer en todas partes,

porque en todas partes está El. La oración es fácil, y todos solemos orar de algún modo.

Como orar es suplicar, es hacer un ruego o petición, podemos decir que el niño ruega a la madre, y el pobre al rico cuando le pide algo... Y Dios es el que tiene en sus manos todos los bienes y a El debemos recurrir en nuestras necesidades...

¿Quién no puede orar como el leproso, vg. cuando decía: *"Señor, si tu quieres, puedes limpiarme"* (Lc.5,12)...

La oración es el gran medio se santificación... Todos los santos han sido amantes de la oración, y San Alfonso M.ª de Ligorio decía: "El que ora se salva, y el que no ora se condena"...

"Cuando queráis orar decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos...".* Esta es la oración más excelente que nos enseñó el mismo Jesucristo.

7) **Lección de amor a Dios y al prójimo.** Jesús dijo: *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los profetas"* (Mt.22,37-40)

"Teme a Dios y guarda sus mandamientos ", para esto ha sido creado el hombre... y como premio tendrá el cielo. Jesús lo dijo así: *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 25,40)

8) **Lección de amor a la cruz y al sacrificio...** Jesús vino a salvarnos por el camino de los sufrimientos. Lee detenidamente su Pasión en los Evangelios, y verás como empieza en el Huerto de Getsemani sufriendo... Allí se entristece, siente angustias de muerte, suda sangre... Y ¿por qué? El, el Santo, el Inocente, *"en el que no cabe pecado"*, sufre por los pecados de los hombres que tiene que expíar; sufre ante la inminencia de su Pasión cruel que se le representa con todos los detalles de la traición, escarnios, flagelación, corona de espinas, crucifixión..., y sufre porque muchos se condenarán a pesar de sus sufrimientos...

¿Cómo comprender que un Dios se haya hecho hombre para venir a este mundo y sufrir así por los hombres? ¿Cómo es posible que siendo El eternamente feliz y no necesitar de nosotros, nos crease y por vernos libres del pecado haya llegado a este abatimiento tan extremo?

Este es un misterio incomprensible, y no tiene otra explicación que su grande amor.

"Nosotros existimos porque Dios es bueno" y nos ama. Y si después de crearnos, al pecar y ofenderle, en vez de castigarnos de una vez para siempre, viene a redimirnos con su Pasión y muerte, es debido a su misericordia infinita.

La pasión, por tanto, es obra de su amor. *"Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Unigénito Hijo para salvarlo..."* (Jn.3,17). Y Jesús dijo: *"No había mayor prueba de amor que dar la vida por sus ami-*

gos"... Y ¿cuál no será morir por sus enemigos, tan viles e ingratos?...

San Pablo dijo: *"Me amó y se entregó a la muerte por mi"* (Gál.2,20)

Jesucristo quiso padecer por nosotros pecadores, y si ahora nos invita a seguirle con nuestra cruz de cada día es porque quiere que así cooperemos algo a nuestra salvación. (Ver p.12 bis: *"¿Cómo comprender el dolor?")*

Otras muchas lecciones nos dio Jesús ya con su ejemplo, ya con su palabra como podemos ver en el Evangelio... El tiene *palabras de vida eterna* (Jn. 6,68). *El pasó haciendo bien y curando a todos...* (Hech. 10,38), y es verdad cierta y de todo acatamiento que *Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores* (1 Tim. 1,15)...

¡Oh! Si todos estudiaran y conocieran a Jesucristo, todos se arrojarían a sus pies para aclamarle y bendecirle. ¡Qué pena da ver a la juventud de nuestros días imbuida en la lectura de tantos libros profanos e insulsos..., y no tienen tiempo para leer los Evangelios, la más hermosa biografía que se ha escrito: la vida de Jesucristo! ¡Y se llaman cristianos!

Estudiemos, meditemos, amemos a Jesucristo.

"JESUCRISTO, EL MISMO QUE AYER, ES HOY: Y LO SERA POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS"

LA VIRGEN MARIA

Ego diligentes me diligo
Yo amo a quienes me aman (Prov. 8,17)

Quedaría incompleta una Misión o unos Ejercicios Espirituales si no hablásemos de la Virgen María, la criatura más excelente y excelsa de todas, pues ella, como dice el Conc. Vaticano II ocupa el lugar más alto y más cercano a nosotros, y "por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres" (LG. 63)

"María es infinitamente inferior a Dios, pero a la vez, inmensamente superior a todas las criaturas" (S.Alf. M.ª de Ligorio)

Y San Juan Crisóstomo nos dice: "La bienaventurada siempre Virgen María fue, a la verdad, un gran milagro. ¿Quíen ha habido y puede haber, después de Dios, mayor que Ella? Nadie la ha aventajado en santidad. Ni los profetas, ni los apóstoles, ni los mártires, ni los ángeles, ni criatura alguna visible o invisible".

¿Sabéis por qué estos elogios y otros muchísimos más que podíamos tributarle? Porque Ella fue la destinada a ser Madre de Dios. Ella fue su primer Sagrario en la tierra, pues Dios quiso encarnarse, hacerse hombre y venir a nosotros por medio de María.

Por esto no debe extrañarnos que la Biblia la llame la *"bendita"* o más alabada entre las mujeres, la *"llena de gracia"*, la que *"llamarán bienaventurada todas las generaciones"*...

Y por ser "Madre de Dios" ya desde el principio de su concepción fue adornada de toda clase de gracias y por eso ha sido proclamada por la Iglesia LA INMACULADA, la exenta de todo pecado original y actual.

Santo Tomás nos dice que Dios pudo crear millares de mundos más perfectos que el actual, y hacer brotar de la nada millares de soles y de ángeles superiores a los existentes, pero no pudo crear una Madre, cuya dignidad fuese superior a la de María, porque sería preciso que esta Madre tuviese un Hijo superior al Hijo de Dios, cosa imposible.

María es Madre nuestra

La Virgen María es Madre de Dios, pero también es Madre nuestra "en el orden de la gracia" (LG. 61) por haber cooperado con Jesús en "la restauración de la vida sobrenatural de las almas".

La maternidad de María para con nosotros es de un orden superior a las maternidades humanas. Es espiritual. No tiene relación de la Virgen como lo recibió Jesús, sino con la vida sobrenatural de nuestra alma.

Cristo es la Cabeza del Cuerpo místico que es la Iglesia, y al ser la Virgen Madre de la Cabeza, lo es también de sus miembros, puesto que la Cabeza y los miembros forman un solo Cristo. Por eso La Virgen al dar a luz corporalmente a nuestra Cabeza, dio a luz espiritualmente a todos sus miembros que somos nosotros, pues Cristo es la fuente de la vida espiritual.

La Virgen, pues, es Madre nuestra y Madre de la Iglesia.

"Habiendo llevado en su seno al Viviente (o sea, a Cristo), María es Madre de todos los vivientes", los que viven la vida de la gracia (San Epifanio)

"María es Madre de todos los hombres, en especial de los fieles" (LG. 53), sin que excluya a los pecadores.

María es Madre de misericordia

En la "Salve" así la llamamos: "Dios te salve Reina y *Madre de misericordia*... Y con la Iglesia exclamamos: "María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo ahora y en la hora de nuestra muerte" y porque somos pecadores, también le decimos: "Ruega por nosotros pecadores.."

Todos nos reconocemos pecadores, pero así como Dios, según nos dice San Pablo, es *"Padre de misericordias y Dios de todo consuelo"* y de El esperamos el perdón, porque su misericordia es mayor que nuestros pecados, así también la Virgen es Madre de misericordia y Reina de todo consuelo, y como Ella es Mediadora ante el Mediador, a Ella hemos de acudir y no desconfiar de que Dios se ha de apiadar de nosotros.

Vivimos en un valle de lágrimas, en el que no nos han de faltar cruces..., y por lo mismo hemos de orar ante la Virgen y decirle: "Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos..." Jamás, dice San Bernardo, se ha oido decir que ninguno de los que han acudido a la Virgen y la han invocado implorando su misericordia, haya sido abandonado...".

Tengamos devoción a la Satísima Virgen, pues, como dice S. Alfonso M.ª: "Es imposible, moralmente hablando, que el devoto de la Virgen se condene". A este fin recémosle con fe y devoción todos los días tres avemarías y nos salvaremos.

En sus apariciones en Fátima y en Lourdes pidió que se hiciera penitencia, que hubiera en los hombres un cambio de vida, que rezasen el santo Rosario..., para evitar los grandes castigos que nos amenazan por los muchos pecados que se cometen...

Procuremos vivir en gracia y amistad con Dios, sin quebrantar sus Mandamientos, y para lograr esta

gracia digamos a la Virgen con fe: "Ruega por nosotros pecadores, ahora (que lo necesitamos más que nunca) y en la hora de nuestra muerte. Amén".

Conclusión

Todos somos Iglesia peregrina. El término de nuestra peregrinación es el cielo, la vida eterna, prometida a los que aman y sirven a Dios en la vida presente. Hemos de caminar por el sendero de sus mandamientos.

Cristo camina con nosotros lo mismo que caminaba con los discípulos de Emaús, es peregrino con nosotros, pues El, aunque invisible, ha dicho que "estarán con nosotros hasta el fin del mundo"... Como Dios está en todas partes El nos ve y acompaña y quiere que recemos en nuestro caminar sin desfallecer.

La peregrinación es tiempo de prueba. Recordemos a los israelitas que iban peregrinando por el desierto hacia la Tierra prometida, mas no todos llegaron a ella...

Ahora nosotros somos peregrinos que "*no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna*": el cielo, y hay que conquistarlo.

"*El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen a si mismos lo arrebatan*" (Mt.11,12)

Esforcémonos en rezar más, en reflexionar mu-

chas veces sobre las verdades eternas contenidas en este libro. Volvamos a leerlo. No las olvidemos para no desviarnos del camino señalado por Dios: sus santos Mandamientos.

Adquiramos conciencia de que es cierto que *"no tenemos aquí una ciudad fija"*, y por lo mismo no apegarnos a las haciendas, al dinero, al piso, a la comunidad... No instalarnos, sino vivamos en vigilante espera. ¿Para qué apegarnos a lo que hemos de dejar? Procuremos no sucumbir en el camino...

Los miembros de la Iglesia son pecadores. Podemos pecar, caminemos sin desmayos. Si hay alguna caida, levantémonos con presteza y caminemos hacia la perfección (1 Ped.3,11).

En la hora que menos pensemos, Dios nos llamará a cuentas.

"Temed al Señor y dadle honor, porque se acerca la hora de su juicio" (Apoc.14,7)

L.D. et B.V.M.

INDICE

– Finalidad de este libro. 5
– ¿Qué es una misión? 7
No desperdicies esta gracia. 10
Pon algo de tu parte. 11
– Fin del hombre. 12
¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?. 13
Todo nos habla de Dios. 15
Dios es nuestro Padre. 15
Nuestro fin se reduce a glorificar a Dios. 16
– ¿Son muchos los que se salvan? 17
La salvación del alma. 19
Dios quiere que todos se salven. 21
Si se pierde el alma, todo se ha perdido. 22
Unicamente quiero salvar mi alma. 23
– Fin de las criaturas. 24
¿Cómo comprender el dolor? 26
– El pecado. 28
– La muerte. 30
– El juicio final. 32
– El infierno. 34
– La eternidad. 39
– El cielo. 46
– Nuestros pecados y la misericordia de Dios. 48
– La confesión de los pecados. 52
La Sagrada Comunión. 67
– ¿QUIEN ES JESUCRISTO?. 71
– sus hechos principales. 73
– Las dos banderas. ¿Cuál seguiremos?. 76
– Lecciones de Jesucristo. 78
– LA VIRGEN MARIA, y sus prerrogativas. 87
CONCLUSION. 91

OTROS LIBROS DEL AUTOR
(Editados por el "Apostolado Mariano")

- **DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD bíblico teológico.** Este es un libro que abarca muchos libros a la vez, pues es un arsenal de doctrina por los múltiples asuntos que van en él expuestos, en orden alfabético y de forma ordenada y clara.

  En su conjunto es un libro que comprende innumerables pensamientos bíblicos, patrísticos y filosóficos con diversidad de máximas y todos los temas de teología espiritual.

- **SANTA BIBLIA ilustrada y comentada.** Versión directa de los textos originales hebreo y griego y con amplios comentarios, especialmente en el Génesis y Santos Evangelios. Es una de las Biblias más asequible a todos; a los mayores, por sus comentarios, y a los niños por su método intuitivo.

  Lleva más de 200 láminas de G. Doré, proporcionadas por D. Andrés Codesal Martín, director del Apostolado Mariano de Sevilla. El texto va en letra grande y clara.

- **LA BIBLIA MAS BELLA.** Por sus muchos grabados a todo color, resulta la mejor para los niños.

  EL CATECISMO MAS BELLO. Primera Comunión y Confirmación.

- **PEDRO, PRIMER PAPA. De Pedro a Juan Pablo II.** Incluye la lista de todos los Papas.

- **JESUS DE NAZARET.** Es su vida muy atractiva e ilustrada. Destinada especialmente a los obreros.

- **NO PIERDAS A LA JUVENTUD.** Carta a ellas y a ellos. Muy interesante para los jóvenes.

- **VAMOS DE CAMINO.** La vida presente, el tiempo, la eternidad.

- **HEBREO BIBLICO Y MODERNO.** Es una gramática con ejercicios prácticos para principiantes.
- **CATECISMO CONCILIAR.** Diez documentos del Vaticano II expuestos en ocho folletos con gran claridad.
- **EL MATRIMONIO.** (Preparación para el mismo). y al final va el discurso de Juan Pablo II a las familias cristianas.
- **¿SERE SACERDOTE?** (Niños y jóvenes haceos esta pregunta).
- **MISIONES POPULARES.** (Las verdades eternas).
- **LOS TESTIGOS DE JEHOVA.** (Su doctrina y sus errores. Otras sectas)...
- **EL CATECISMO ILUSTRADO** de la Doctrina Cristiana fundamentado en la Biblia. Las láminas que lleva son a todo color.
- **Pedidos:** Apostolado Mariano. Recaredo. 34. SEVILLA - 3